



S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia, saludando a los Soberanos ingleses, al descender del tren, en la estación «Victoria», de Londres

(Fot. Central News).

ACTA DE LA QUINCENA

El retorno a la Capital del Rey Alfonso XIII es un acontecimiento que se diferencia esencialmente de otros viajes del Soberano. De los triunfos personales que ha logrado en Londres como en Francia no había duda. Dios ha concedido al Rey el don de la gracia conquistadora. Ni una sola persona de las innumerables que le han hablado salió de la audiencia sin dejar el corazón en rehenes de fidelidad. ¿En qué consiste ese atractivo, esa sugestión, ese dominar con la sonrisa, con la frase oportuna, con el donaire castizo? Valdría la pena de que algún psicólogo analizase el fenómeno, porque él constituye un rasgo histórico, el de la predominancia de la Monarquía sólo por la virtualidad personalísima de D. Alfonso XIII.

Londres, la ciudad-babilónica, la que cuenta tantos vecinos como

ciudadanos algunas naciones, y aún más que varias, se ha rendido a la gentileza del Señor castellano, y desde los Palacios de los Reyes de Britania a las vendedoras de los mercados, donde quiera que había un hálito de espiritualidad, allí han sonado los aplausos. Así se nos devuelve al Rey. ¡Dios nos lo mantenga en su prestigio! Cada una de las expediciones que él realiza, aumenta el ambiente hispánico.

La curiosidad natural de los españoles añade a los elogios al Rey la esperanza de una noticia grata. ¿Qué será de Tánger?... Ciertamente es que el hecho de no haber acompañado al Monarca un Ministro responsable,



S. M. el Rey Don Alfonso XIII, aclamado por el pueblo londinense, al salir del Hotel Ritz.

(Fots. Central News).

parece suprimir la posibilidad de que en las conferencias de París y de Londres se haya tratado de ese tema, a lo menos en el concepto de pactos o tratados diplomáticos, pero si el representante de España, el que delega su autoridad en los Embajadores sin privarse de los derechos que el Código fundamental le entregó en día memorable, no habló con los Jefes de las dos grandes naciones del asunto principal, ¿de qué trató en ellas?... Y como se sabe que Don Alfonso es hábil negociador de los intereses españoles, no cabe duda de que después del regreso tomará esa cuestión carácter nuevo.

La opinión, dentro de sus perezas, que no son sino desesperanzas, ha emitido su juicio. La prensa toda, fuera de las tristes excepciones inspiradas en el odio a la Madre Patria, está unánime. Tánger ha de ser español. Hasta en las escuelas se ha proferido el axioma político... León XIII, el sublime Pontífice dijo al Padre Lerchundi, de cristiana memoria: «—Lo que habéis hecho los hijos de San Francisco y todos los españoles residentes en Tánger por la cultura Evangélica de esa ciudad, aparte los dictámenes de la historia antigua, os da derecho ante MI, para que sigáis siendo los guadores de la multitud infiel, de la que, Dios mediante, recobrarán la Fe no pocos convertidos...»

Las semillas que ciertamente habrá sembrado el Rey en París y en Londres renacerán en Tánger en una floración roja y amarilla... La bandera española.

La prensa ha realizado una noble campaña: defender al clero catédralicio y parroquial contra la miseria en que hoy vive. No sólo los periódicos católicos, sino hasta los radicales, han contribuido a la común doctrina de que únicamente la iniquidad puede consentir el *statu quo*. Se ha celebrado en Madrid una Asamblea de delegados de las Catedrales y en ella se ha formulado la serie de cláusulas que parece aceptada en su esencia por el Gobierno.

Para VOLUNTAD es eso motivo de júbilo. Si el Parlamento vota los aumentos de justicia que se piden, elevaremos a Dios un acto de gracias en el que habremos de poner la totalidad de nuestra veneración. El cura famélico debe convertirse en el autorizado, poderoso maestro, en el dictador de la bondad... Si así es, España surgirá del valle triste en que yace...

Barcelona sigue siendo el núcleo de los problemas sociales. Allí arde el crisol, del que salen con frecuencia luces sulfúreas. Un empeño noble y patriótico, aunque acaso mal orientado, están desarrollando el Gobierno y su representante en la Ciudad Condal. Por desgracia no arriban al éxito, y es probable que sólo consigan dar fuerzas mayores a los revolucionarios, los que tampoco están seguros de ir por buen ca-



S. M. el Rey de España, saludando al «primero» inglés, Mr. Lloyd George.

mino. A poca que sea la perspicacia de los observadores, advertirán que en las multiformes falanges del sindicalismo ha entrado un nuevo adepto: el miedo. No están tallados en el mármol de los grandes guías del pueblo los que ahora le conducen desafortunadamente. Por sus actos sólo parecen el Pestaña y el «Noy del Sucre» agentes de los viejos comités partidistas, buenos para preparar la elección de un candidato municipal. La grandeza temerosa de la tragedia no es para ellos. Ni hay modo de que hombres sin cultura sostengan el paladium de la humanidad.

El *lock-out* es la única defensa posible contra el desvarío de los perpetuos reclamantes, de los jamás satisfechos... Baste un detalle: el Catedrático de hebreo de una Universidad cobra once pesetas por día. El mozo de un restaurant barcelonés percibe, según las cláusulas impuestas a los dueños de ese negocio, 75 pesetas diarias... ¿Lo habéis leído...? ¿Habéis meditado en las cifras?... Si triunfara el régimen bolchevique la humanidad retrocedería hasta volver a la barbarie.

Ha muerto un gran maestro de humanidades, el autor del mejor Diccionario Latino que existe, el reformador de la Gramática, el estudioso eximio, el que hasta ha poco fué Director del Instituto del Cardenal Cisneros. Don Francisco Commelerán se hallaba en plena salud, y de improviso la muerte le reclamó. El Director de la Real Academia Española

D. Antonio Maura dedicó al insigne latinista en la última junta de aquella corporación un discurso admirable... VOLUNTAD deposita en la tumba del máximo humanista un ramo de dolorosas siemprevivas...!

El jefe de los liberales, Conde de Romanones, ha pronunciado un discurso en el banquete con que le obsequiaron sus amigos. Ha sido una exposición de doctrinas ante los problemas de actualidad. Divergentes en todo de ese estadista, cúmplenos sin embargo, aplaudir la serenidad y la templanza con que ha hablado. Los tiempos enseñan y no es indiscreto alumno de las experiencias este prohombre. Bastaría a nuestra estima en esa peroración el haber afirmado que Tánger ha de ser español. Así se van juntando las voluntades en la defensa de la dignidad nacional.

Los Señores Alvarez Quintero han estrenado en el teatro Lara con éxito maravilloso la comedia titulada *Febrerillo el loco*. Es una invocación a la alegría constructora. Es un alarde de maestría, de ingenio españolísimo. Es un cuadro jocundo de la realidad imperante. Nadie



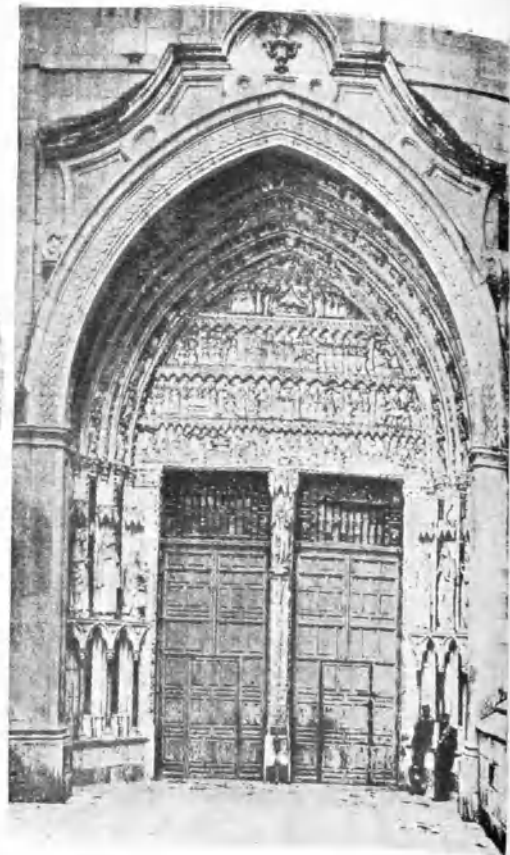
Don Alfonso, paseando por las calles de Londres.



Vista general de la Catedral de Toledo.



S. E. el Cardenal Gutasota, Primado de las Españas.



Puerta del Reloj, en la Catedral de Toledo.

como los hermanos Quintero posee el secreto del hondo sentir del pueblo culto. Así, cuando ellos quieren, ríe el espectador, y cuando les place asoman las lágrimas en las pupilas... *Febrerillo el loco* sale de los términos de la crónica escénica, que no son los de esta sección, para invadir el palenque de los magnos problemas.

Burlando enseñan. Para ellos fué escrita la fórmula de aquel olvi-

dato maestro, D. Eulogio Florentino Sanz, el autor del drama admirable *Don Francisco de Quevedo*:

«Unidos en sabio engaste,
por lo alegre y por lo triste,
una lágrima y un chisté
son un chistoso contraste...»



Una escena de la comedia, original de los señores Alvarez Quintero y titulada «Febrerillo el Loco»

estrenada recientemente en el teatro Lara, de Madrid, con éxito excelente. (Fots. Vidal.)



DE NUESTRO CONCURSO FOTOGRÁFICO

«La pastorcilla». — Cuadro alavés, por Don A. Martínez de Carnero

CUARTO PREMIO



«Luces de anochecer, sobre el Manzanares». — Paisaje, por Otto Wunderlich.



«Efecto de nubes sobre el castillo de Daroca». — Paisaje, por Otto Wunderlich.



«El alcázar de Segovia». — Paisaje, por Otto Wunderlich.



«El cementerio de San Isidro a la hora del crepúsculo». — Paisaje, por Otto Wunderlich.



«Contraluz de atardecer, en la playa de Vigo». — Paisaje, por H. Torrado.

Fotografías enviadas a nuestro concurso, y adquiridas para su publicación.

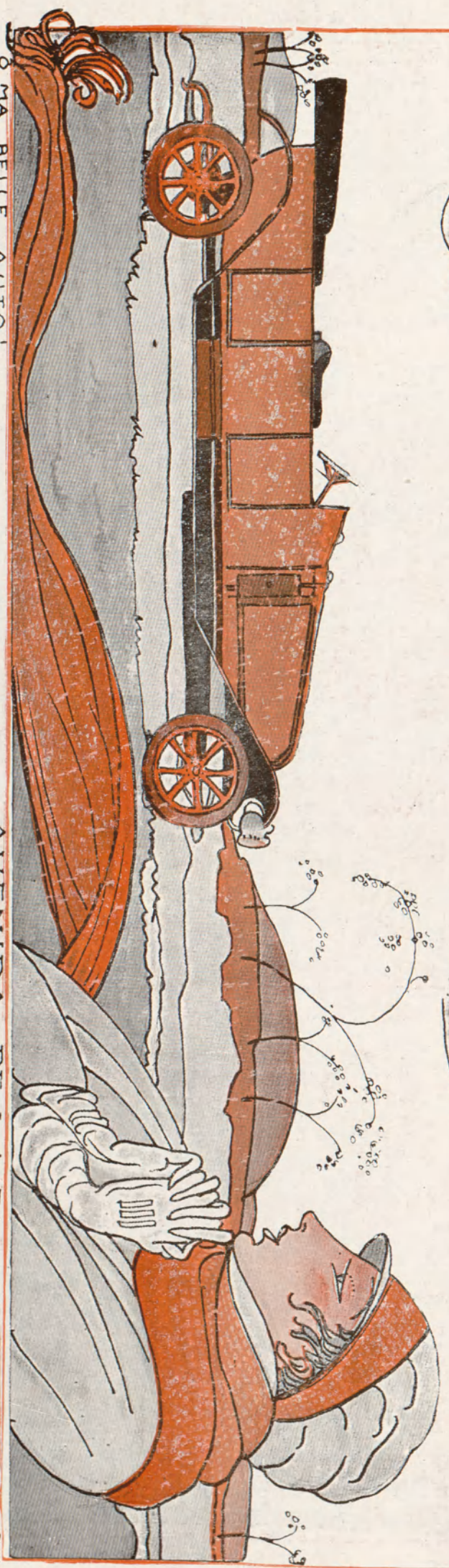
Estaran cambiador.



Santana Bonilla

ADRI

J. H. E.
Automóviles
Peugeot



MA BELLE AUTO!

AVENIDA DE LA PLAZA DE TOROS 8.
TELEFONO - 1404 - J.
MADRID.

VOLUNTAD



SE INVITAN A COLABORAR en la nueva Revista VOLUNTAD.

En dos conferencias públicas, por lo menos, hablé de la voluntad como prenda la más hermosa del hombre y que, unida al entendimiento, constituye el tesoro de los tesoros, el distintivo de la persona humana y el poder triunfante de la vida.

Para saber en qué consiste esa fuerza que no tiene sexo — y de tener

alguno es del género femenino como casi todos los ideales del alma, la verdad, la bondad, la justicia, la belleza, la sabiduría, etc., etc., — conviene que recordemos alguna idea del catecismo antes de que le destierren de las escuelas públicas esos hombres equivocados e insensatos que se llaman laicos y neutros. La fuerza, como virtud, lleva el nombre de «Fortaleza» en los dones del Espíritu Santo. Es la tercera de las virtudes cardinales, base de la vida moral y fundamento de todas las virtudes. No es la energía brutal del músculo y el nervio, ni el orgullo petulante de la razón del hombre que cree que se basta a sí mismo para vencer en todo; ni es la osadía temeraria del tanto o el imprudente que no ve el peligro o el fracaso. La «fortaleza» es una energía espiritual robusta, es santo poder viril que vence al temor y huye de la temeridad; que subyuga las pasiones — sobre todo el amor propio, raíz y fuente envenenada de todas ellas —, que domina en la región inferior de los sentidos; que mira con desprecio o rechaza con denuedo todo lo caduco, venal y corruptor, y ama ardorosamente todo lo que es honrado, puro, santo e inmortal; y en las aguas corrientes de la tribulación amarga, en las adversidades y trabajos y miserias y traiciones del mundo, aunque el mundo se desplome, la fortaleza, por defender la justicia y la verdad, sufre dolores, abraza cruces, afronta martirios.

Ahora bien, y bajando desde las alturas del heroísmo — porque son pocos los llamados a esa categoría — a los valles vulgares de la humanidad donde todos tenemos la obligación de ser hombres, — yo quiero hacer, con franqueza castellana, la siguiente pregunta: ¿en dónde se halla hoy la virtud de la fortaleza, en el hombre moderno o en la mujer católica? No estimo inoportuna la interrogación en la Revista VOLUNTAD. Las respuestas serán diferentes y aún contrarias. Voy a exponer la mía, brevísima porque la falta de tiempo no me permite ahondar en el asunto, ni darle la demostración y la forma adecuadas y convenientes.

Aparte excepciones honrosas que todos conocemos, y ante el espectáculo bien desagradable que hoy presenta la humanidad — toda la humanidad, cabe decir, porque toda está comprometida en la universal contienda —, juzgo que hay pocos hombres de virtud cívica y cristiana; que si la ley de la vida es trabajar, luchar, sufrir, la mayor parte de los varones han invertido esos términos por éstos otros: descansar, ceder, huir; descanso en vez de trabajo; gozo y placer en lugar de sufrimiento; entrega deshonrosa en vez de lucha noble. No: ante los ejércitos del mal que invaden la tierra con formas de barbarie y salvajismo, desconocidas antes, no hay cruzados, cruzados del deber, del honor, de la verdad, de la justicia y la vergüenza. En cambio se ven, en todas las esferas sociales, muchas almas tímidas y débiles, o llenas de egoísmo y cuquería, capaces de sacrificar al Justo por las delicias del presupuesto o por no desagradar al tiránico César de la iniquidad triunfante. ¡Almas débiles!, sí. La tiranía del miedo, que es la peor de las tiranías, es la dominante hoy en la sociedad de los hombres. Pedid a los individuos enervados por el placer, el valor, la fuerza moral necesaria para vencer sus pasiones y os dirán: «nos

falta esa fuerza». Pedidles sentimientos elevados y generosos; habládles — no ya de las leyes eternas — de abnegación, de sacrificio, de dignidad y decoro, y os dirán que todo eso es viejo y anticuado. Pedid esa fuerza al esclavo de los humanos respetos o al esclavo del estómago que también es respetable, y obtendréis idéntico resultado negativo. Si el periodista escribe lo que rechaza su conciencia; si el diputado vota leyes que estima injustas; si el comediante representa papeles indecorosos; si el editor publica libros pornográficos; si el representante del derecho y del orden se convierte a veces en vil cortesano y en cómplice del desorden, del motín y la revolución... todos os dirán lo mismo: «nos hace falta comer, seguir las corrientes de la opinión pública; no se puede ir contra esas corrientes porque es fácil ser arrollados». Y bien sabemos todos que «esas corrientes» y esa opinión pública están formadas por unos cuantos piratas de la sociedad, que tuvieron por padres o tros piratas científicos. Ahí está, para hacerlo ver al más incrédulo, el libro del gran fisiólogo experimental Elías Cyon titulado *Dios y la Ciencia* (1). En él se demuestra — citando el ejemplo de Rusia — que antes de que apareciesen los bolcheviques de acción, aunque entonces no se llamaran así, dominaron en el pueblo ruso los bolcheviques científicos; antes que Lenin estuvieran Hæckel con sus obras nefandas y Nietzsche con las suyas no mejores. No tenemos tiempo para citar algunos datos curiosísimos acerca de esta influencia intelectual envenenada en aquel pueblo de analfabetos, determinante de la descomposición social del gran Imperio, hoy hecho pedazos. Todo sucedió porque los hombres llamados a remediar el mal, huyeron de la lucha y — como en todas partes lo hacen los seres inferiores — siguieron la ley del menor esfuerzo, transigiendo con todo y permitiéndolo todo. De ahí viene el triunfo del puñal y la bomba y la tea incendiaria. Pero debe saberse que los revolucionarios y las revoluciones, ni en Rusia ni en otra parte del globo triunfaron jamás por su propio esfuerzo, sino por el miedo de los de arriba y la cobardía de los de abajo. Por esa cobardía y ese miedo de los hombres, se han derruido en el mundo — por lo menos en Europa — todas las fortalezas sociales — aparte la Religión —, todas menos una: la fortaleza de la mujer verdaderamente católica que viene a ser la mujer fuerte del Libro de los Proverbios y la misma del Evangelio.

Por eso la impiedad moderna — como en la sociedad rusa de que habla Elías Cyon — con intención satánica, con hipocresía inaudita, quiere conquistar a la mujer para su causa, apagando la oración en sus labios, la bendición en sus manos y la ternura y la piedad en su pecho; quiere que la mujer olvide la doctrina de Cristo, única que la salvó. Si llegara ese día para el mundo, como ha llegado ya para algunos pueblos que no queremos nombrar, la mujer volverá a la esclavitud, pero más degradante, más deshonrosa, más criminal que la esclavitud antigua, como se ve en los reinos bolcheviques, porque los bárbaros modernos son peores que los antiguos bárbaros.

Pero mientras exista en la tierra la fortaleza católica femenil, mientras haya madres de la raza de la madre de los Macabeos y de Santa Mónica que se revistan de las armas de Dios y luchen por Él y por sus leyes, por sus templos y altares, por la Escuela y la Patria, por la Cruz y la Bandera nacional, por la moralidad de las costumbres, por la santidad del hogar, por la honradez y la virtud de sus hijos y sus nietos... a pesar de la universal desolación del mundo y la universal cobardía de los hombres, yo no temeré por el mundo: éste será salvado por la voluntad, por la fortaleza de la mujer católica.

FR. ZACARIAS MARTINEZ NUÑEZ

Obispo de Huesca.

Septiembre de 1919.

(1) Dieu et science, Paris, 1912.



LAS MUJERES DE UNA VIDA

La hermana

Verano; Agosto; el declinar del día
velaba el cielo de vapores rojos,
y volvían, pisando los rastros,
dos niños —ella y él— a la alquería.

Ella callaba; el chiquitín decía:
—Yo era un soldado... Y cuanto ven tus ojos
no eran parvas de trigo, eran despojos
de una batalla en la que yo vencía.

Pero... ¿y yo?

—Deja, espera... ebrio de gloria,
yo volvía después de mi victoria,
y a ti que eras la Reina te buscaba...

—No, no; la Reina es poca cosa; yo era
(dijo la chiquitina) una enfermera;
y tú estabas herido; y te curaba...

La novia

La casita escondía entre rosales
la humildad de tu gracia acogedora;
la aldea apenas palpitaba, en la hora
de las primeras nieblas matinales.

Desparramando un vuelo de pardales,
pasa la diligencia atronadora;

mira la casa el estudiante y llora
su corazón, volando a los cristales...

Ella le ha visto; entreabre su ventana,
y una mirada azul, en la mañana,
prende el jirón de su saludo tierno...

Pasó hambre y frío en la ciudad distante;
luchó, afanó... mas para el estudiante,
fué todo el orbe azul aquel invierno!

Una, vestida de luz

Cae de las trenzas, como lluvia de oro
el cortado esplendor al pie del ara;
nubla el rostrillo el astro de la cara
y un llanto se hace música en el coro.

Todo ha acabado... En el fatal decoro
de la mortaja de tu veste clara
guarda la celda, para siempre, avara,
de tu hermosura el virginal tesoro.

¡Inmaculada!...

Con mi carne hundida
bajo todos los limos de la vida
¡cómo descanso en tu lunar belleza!

Por ti y, en ti, por las mujeres todas
¡cómo me hechiza que, en intactas bodas,
seas sólo de Dios y tu pureza!



CABEZA DEL SALVADOR

: POR T. BAROCCIO :

REPRODUCCIÓN A LA SANGUINA



La esposa

Tú eres hondura de callado espejo
y si me miro en ti, salgo lavado,
como de un baño, del lustral reflejo.

Dueña de obras, maestra de jardines!...
Solo en mi selva, sé que tu has pasado
cuando se hace el silencio en los confines.

Voluntad acendrada en los dolores!...
El lirio de tu piel se ha ensangrentado;
mas no quedan espinas en mis flores.

Fel... Tú no sabes de la infausta vía
por dónde, a lo imposible, he penetrado;
tú no lo sabes; mas tu luz me guía.

Y yo te pago el viático divino
aumentando, en las sombras, tu cuidado
con el peso de mi alma en el camino.

Oyes las quejas que me arrancan otros,
lavas heridas que no me has causado;
soy, sobre ti, como piafar de potros...

Y lo mejor del agua que he pozado,
como tú la filtrabas, es tu dejo;
y lo mejor de mi mejor dictado
como a ti lo acoplaba, es tu reflejo...
¡dénme los cielos que te sienta, al lado
de mi fiebre, al morir, aire delgado,
boca de paz y lengua de consejo!...

La madre

Refáte la vida y tu refás
mientras estuve, niño, en tu regazo
y mientras fué la forma de tu abrazo
el molde y la corona de mis días.

Mas creció el niño... Y cuando tú creías
que nunca había de aflojarse el lazo,
necesidad fué ley que, de un hachazo,
separó tus pisadas y las mías.

Yo iba lejos... y tú no me guardabas;
sola, en casa, sufrías... esperabas...
—¿y aquéllo era vivir?

—A Dios le hablaste;
te hallamos muerta, un día, sobre el lecho;
tu alma voló, metiéndose en mi pecho
¡y nunca más de mí te separaste!

... y Una, vestida de sombra

Toma la mía en tu mano de cera
y dime dónde me lleva el destino
tú, cuya hoz de la curva severa
dibuja el arco inicial de un camino...

Mujer vestida de sombra ¿quién eres?
en el vaivén de mi vida lejana
¿fuieste la novia? ¿la madre? ¿la hermana?
mujer, mujer, yo te he visto: ¿quién eres?

Como menguante de luna, se baña
de un plateado fulgor tu guadaña;
tú me sonríes benigna, materna;
tu mano aquieta mi sangre; llegamos
a un ancho prado... Al andar, no dejamos
huella del paso en su grama tan tierna;
mi corazón ya no es carga que oprime;
es ave... vuela... —mujer, dime, dime:
¿serías tú la Primavera Eterna?

E. MARQUINA



A REINA BLANCA Y RUBIA, de los ojos «entre azules e verdes, el mirar gracioso y honesto» (1), fué la gran Reina española de las energías varoniles y las delicadezas femeninas, el tipo representativo de la raza hispana, fecunda en temperamentos universales, capaces de magnas empresas siempre que los mueve un ideal.

Ya que ilustres autores glorificaron a Isabel como Reina excelsa, hemos de fijarnos ahora en su carácter íntimo, tan castizo, tan genuinamente español; Isabel supo ser gran Reina, sin dejar de ser mujer virtuosa. La vida de esta insigne Princesa es una de las más grandes y bellas páginas de la Historia de España.

Nacida veintiséis años después (22 Abril de 1451) de su desventurado hermano Enrique IV, estaba destinada por la Providencia para sucederle, y reivindicar la corona castellana desprestigiada por el último Enrique; pero en las luchas de partido, jamás quiso autorizar rebelión contra su hermano: sólo accedió a ser jurada heredera, siempre respetuosa con la autoridad constituida. En lo que ésta Princesa no acató la voluntad de Enrique, fué en la elección de esposo, decidiéndose por Don Fernando, heredero de Aragón y Rey de Sicilia. Bien conocido es el viaje del aragonés a Castilla, ocultando su nombre, y el matrimonio secreto de Fernando e Isabel en la Casa de Juan de Vivero en Valladolid, el 18 de Octubre de 1469, fecha memorable en que nació la grande España, la España que unida asombró al mundo. Después de efectuado el enlace, Isabel escribió al Rey su hermano comunicándole su determinación y prometiéndole obediencia y respeto de hija, si como tal quería recibirla.

Luego, ya sabemos de su proclamación en Segovia (13 Diciembre de 1474) a la muerte de Enrique IV, y la parte importantísima que tomó en la guerra de sucesión contra el Rey de Portugal, su actuación para dominar y atraerse a los nobles rebeldes, su participación activa y eficaz en las guerras de Granada, su empeño en las conquistas italianas, su protección decidida al descubridor de un mundo, y por último el celo incansable que puso en guardar la verdad cristiana, corrigiendo herejías, abusos y desórdenes, sin olvidar a los habitantes de las lejanas tierras que nacían a la luz de la Fe.

Isabel, que pensó como hombre y sintió como mujer, es

el temple ideal, la norma admirable donde debemos fijar nuestra inteligencia y nuestro corazón. Así, para conocerla mejor, nada tan cordial, tan amable, como recordar los rasgos de su carácter en los múltiples aspectos de su vida preclara, en las mínimas frases, en los hechos familiares, en todos aquellos momentos que no se vive para el mundo oficial, es decir, en las anécdotas privadas, donde se retratan más fielmente los espíritus.

El carácter de esta Princesa se formó en un ambiente austero, sin las galas y los halagos que pudo haber disfrutando por su rango, pues su madre, la Reina viuda, vivió apartada de la Corte; por eso vemos siempre, en todo momento de la vida de Isabel la firme huella de aquella educación de sus primeros años.

Un cronista de la época, al contarnos que Isabel era de mediana estatura y facciones correctas, nos dice tenía gran corazón, siendo firme en sus resoluciones y muy cortés en sus maneras, particularmente con los humildes, modesta en el vestir, y muy devota, agregando que «aborrecía estrañamente sortilegios e adivinos», ¡rara condición en aquel siglo!

Pero Isabel fué una contraposición viviente a las costumbres del tiempo en que se criara, teniendo un espíritu fuerte como lo vemos en la ocasión de confesarse por primera vez con Fr. Hernando de Talavera, a quien advirtió debía ponerse también de rodillas como era costumbre por estar ante la soberana, a lo cual negóse el religioso manifestando, que él en el tribunal de la Penitencia representaba a Dios, y fué tan grato este rasgo a la Reina que luego decía: «Este es el Confesor que yo buscaba» (1). Y a él encomendó su conciencia tan absolutamente, que pasados los años, cuando Fr. Hernando ocupaba la Sede granadina, la Reina le escribió largamente desde Barcelona contestando a ciertas amonestaciones que el Obispo le hacía, mal informado, según se deduce de los párrafos de Isabel, que transcribimos para saborear todo el encanto de esta alma grande que se humilla a dar cuenta de sus más nimios actos después de manifestar que no trata de disculparse, sino de referir la verdad para que él mejor la juzgue y la corrija en sus yerros, escribe: «por que decís que danzó quien no debía, pienso si dijeron allá que dancé yo, y no fué ni pasó por mi pensamiento, ni puede ser cosa más olvidada de mí. Los trajes nuevos ni los hubo en mí ni en mis Dueñas, ni aun vestidos nuevos, que todo lo que yo allí vesti, havia vestido desde que estamos en Aragón; y aquello mismo me havian visto los otros franceses. Solo un vestido hice de seda, y con tres marcos de oro, el más llano que pude; esta fué toda mi fiesta». Luego critica el lujo de los Caballeros al que ella se opuso, y por último dice: «De los Toros sentí lo que vos decís, aunque no alcance tanto, más luego

(1) Crónica de Pulgar, Cap. IV.

(1) P. Flóres, *Memorias de las Reinas Catholicas*. Madrid, 1761, tomo II, página 775.

allí propuse con toda determinación, de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en que se corran, y no digo defenderlos [prohibirlos] porque esto no era para mí a solas.»

Sin embargo, la Reina no era retraída, asistiendo a las fiestas de Corte, como en Sevilla cuando las bodas de su hija la Infanta Isabel con el Príncipe portugués, en las que el mismo Rey justó y quebró muchas varas ante el estrado donde estaba la Reina con sus hijos, los Prelados y las Damas. También gustaba de la caza, siendo memorable aquella montería en tierra almeriense a la cual concurrían con la Reina, el Rey y la Infanta «el Rey moro e la Reyna su mujer» (1).

Siempre demostró Isabel un ánimo esforzado, pues acudía a los campamentos y coadyuvaba al sostenimiento de la guerra, siendo tal su afán en la lucha contra el infiel que nos consta «cambió todas sus joyas de oro e de plata, e joyeles, e perlas e piedras a las ciudades de Valencia e Barcelona e las empeñó para ayudar a los gastos del refidísimo sitio de Baza (2)». También mostró su solicitud con los heridos estableciendo en los campamentos grandes tiendas que llamaban «el Hospital de la Reina», y a ella la apellidaban «la Madre de los Reales» donde era recibida con extraordinario regocijo. Su llegada al real de Ilora, acompañada de la Infanta Isabel y de su comitiva donde iban hasta diez damas, revistió verdadera solemnidad, saliendo a su encuentro los más brillantes caballeros del ejército con enseñas y pendones «e todas las banderas se abajaban cuando la Reyna pasaba» como nos refiere un testigo presencial, por quien conocemos la tierna ceremonia de saludo entre las reales personas; el Rey fué a recibirla «e antes que se abrazasen se hicieron cada uno tres reverencias en que la Reyna se destocó, y quedó en una cofia el rostro descubierto, y llegó el Rey y abrazóla y besóla en el rostro; y luego el Rey se fué a la Infanta su hija, y abrazóla y besóla en la boca y santiguóla».

En estas expediciones a los campos de batalla puso Isabel de relieve su valerosa serenidad, presentándose en el real de Málaga cuando había peste, para infundir ánimo a los sitiadores, y en Granada (3) incidentalmente, presenciando de cerca una empeñada escaramuza, pero ya en años anteriores había probado su valor sometiendo personalmente a los rebeldes en el alcázar de Segovia, y acudiendo a León donde el alcaide era acusado de tratos secretos con el Rey de Portugal; la Reina le hizo comparecer diciéndole «Alcayde, a mi servicio cumple que me entreguéis esta mi fortaleza que tenéis» y sin consentir que se apartase de su lado le obligó con gran entereza, ordenara a su gente la entrega de las torres. Finalmente, en el incendio del Real sobre Granada, tan solo se preocupó de la vida del Rey y del arca donde se guardaban documentos de interés.

Mas no se crea que estas virtudes varoniles, eclipsaban el espíritu y modo de ser completamente femenino de nuestra soberana. Con razón cierto extranjero, al ver a Isabel con la rueca, se admiraba de que tuviera tiempo para tan diversas ocupaciones. Labor de sus manos fué el velo que regaló para el Santo Sepulcro a dos Religiosos venidos en la Embajada del Soldán de Egipto, y además de bordar con primor, se enorgullecía de que su marido no se había puesto ninguna camisa que no estuviese hilada y cosida por ella. También sabemos que cuando se propuso reorganizar la vida monástica, en vez de acudir a medios autoritarios, anunciaba su visita al convento e iba con «labor de hilar o de gancho» y reunida con las monjas dulcemente las convencía hasta que se volvieron a observar las olvidadas reglas.

Y de su piedad y devoción, cuánto se podría decir! Siempre antes de tomar resolución alguna se encomendaba a Dios y escribía a muchos monasterios rogando hicieran lo mismo, como sucedió en ocasión de su matrimonio. En Tordesillas fué descalza, procesionalmente, hasta San Pablo, en las afueras de la población, para dar gracias por una victoria sobre el portugués. Años más tarde, cuando nació en Sevilla el Infante D. Juan, lo presentó Isabel a la Virgen con gran solemnidad, ofreciendo con el Príncipe dos excelentes de oro, de cincuenta cada uno; y mientras la

Reina residía en Sevilla visitaba siempre, todos los sábados a Nuestra Señora de la Antigua. También su Corte ostentaba el fervor religioso, pues cuando la toma de Málaga, al ver ondear la enseña cristiana en torres y almenas «la Reyna e la Infanta, con sus dueñas e damas e toda la compañía real, hincadas de rodillas en tierra, presentaron a Dios Nuestro Señor e a la Virgen Santa María gloriosísima muchas oraciones y alabanzas, y al Apóstol Santiago. E eso mismo hicieron todos los otros del Real. E los Obispos e clerecía que allí se hallaron, cantaron *Te Deum laudamus e Gloria in excelsis Deo*». Además, conocemos la ferviente devoción de Isabel a la Virgen de Guadalupe, a cuyo Monasterio comunicó presurosamente la toma de Granada. Es curioso observar esta misma devoción en América, donde sus infelices habitantes, sin sospecharlo siquiera, recibían el humanitario influjo de la bondadosa Princesa.

Porque América tiene su madre especialísima en Castilla; el genio de Colón arrancó el magnífico secreto de ese mundo ignoto, gracias a la fe inquebrantable de la reina castellana, protectora sin escrúpulos de la temeraria empresa. Y fueron castellanós los primeros conquistadores, pues mientras vivió Isabel no se permitía el viaje hacia las tierras descubiertas sino a gentes del Reino de Castilla, como nos informa el primer cronista de Indias (1). La Católica Reina clarividente y entusiasta admiradora del genial Almirante, puso toda su confianza en el «home sabio e que tiene mucha plática e experiencia en las cosas de mar» como ella misma le reputaba, y fué bien correspondida por el Descubridor que eternamente agradecido decía «El esfuerzo de Nuestro Señor y de su Alteza hizo que yo continuase» (2).

Isabel amante de la grandeza de su Reino se preocupó también en darle esplendor intelectual, ordenando se escribiesen las Crónicas de sus antecesores, y de su propio reinado; asimismo rindió culto personal a las letras, pues con su clara inteligencia aprendió el latín en un año, tan correctamente que en esta lengua se expresó al saber el natalicio de su nieto, el futuro Emperador Carlos, ocurrido el día de San Matías, diciendo proféticamente «Cecidit sors super Mathiam (3). [Cayó la suerte sobre Matías]. Fué su profesora la célebre Beatriz Galindo, *La Latina*, a quien la Reina protegió nombrándola su Camarista.

A otras damas las favorecía con obsequios y atenciones; cuando la Reina estaba en Vitoria, recibió con la noticia de la afortunada batalla de Utrera (6 Enero 1484) quince estandartes que le enviara el Señor de Palma, a quien gratificó regalando a su esposa una rica saya para que la usara en el fausto aniversario. Además su generosidad satisfacía a muchas demandas; en una carta suya que vió el P. Flórez, se lee «Decid a Doña Luisa que porque vengo de Galicia deshecha de vestidos no le envío para su hermana; que no tengo agora cosa buena: mas que yo selo enviaré presto buenos».

A esta llaneza tan española no podían faltarle el gracejo y donaire que el ingenio de la Castellana puso en muchas de sus frases.

Cuando el Rey le participó que en un combate cerca de Toro escapó Alfonso V de caer prisionero gracias a la intervención del heredero portugués, exclamó: «Si no viniera el Pollo, preso fuera el Gallo». Algunos años después, tuvo lugar el incendio del Real sobre Granada, perdiéndose todo el ajuar de las Reales personas; y como con este motivo D.^a María Manrique, mujer del Gran Capitán, enviara a la Reina muchas ropas desde Mora, la soberana le decía al caudillo cordobés «Gonzalo Hernández, sabed que el fuego de mi Cámara llegó a vuestra casa, que vuestra mujer más y mejor me envió que se me quemó» (4). No menos oportuna es la contestación que dió a su contador Juan López cuando éste rehusó la Encómienda Mayor de León que le ofrecía para premiar sus servicios; díjole la Reina entonces: «De verdad no sé qué os dar, sino sarna como Job a su muger». También Fr. Hernando de Talavera oyó de labios de su augusta penitente un donoso reproche por haber renunciado a la Mitra salmantina. «¿Es posible —preguntó Isabel— que no haveis de querer obedecerme un día de tantos en que yo os obedezco?»

Sin embargo, esta afabilidad no era incompatible con su

(1) Bernáldez, Crónica. Cap. XCIII.

(2) Francisco Martínez y Martínez, *El descubrimiento de América y las joyas de la Reina D.^a Isabel*, Valencia 1916, pág. 30.

(3) Antonio Benavides, *Tradición del Laurel de Zubia*, Boletín de la Academia de la Historia, Tomo I, 2.^a ed. Madrid, 1900.

(4) Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, Madrid 1857. Hubo algunas raras excepciones a esta regla general.

(2) Sánchez Moguel, *España y América*, Madrid 1860, pág. 38.

(3) Galíndez de Carvajal, *Crónicas*, t. III Madrid 1878, pág. 590.

(4) Rodríguez Villa, *Crónicas del Gran Capitán*, págs. 575-70.

carácter profundamente justiciero. Memorables son los primeros años de su reinado, cuando puso orden en las revueltas tierras sevillanas. En su propia Cámara, sentada en alto sitio y rodeada de sus consejeros y doctores, la soberana de Castilla, con diligencia inusitada, administró rigurosa justicia. No era menos justa en los casos particulares, prueba de ello fué lo sucedido cuando en el Real Palacio de Valladolid surgió cierta discordia entre D. Fadrique Enríquez, hijo del Almirante (tío del Rey) y el Señor de Toral, a quienes ordenó la Reina no salieran [de sus casas respectivas. Mas creyendo Isabel que D. Fadrique se había ausentado, dió seguro al Señor de Toral, quien al pasar por la Plaza fué apaleado por tres enmascarados. Esto indignó tanto a la Reina que sin perder momento se encaminó a Simancas donde vivía el Almirante, reclamándole a su hijo y la entrega de la fortaleza. Al día siguiente Isabel guardó cama y al preguntarle qué sentía contestaba: «Dueleme este cuerpo de los palos que dió ayer D. Fadrique contra mi seguro». Poco después se entregó D. Fadrique a quien hizo encarcelar algún tiempo, a pesar de ser primo del Rey. Luego, el de Toral también se tomó la justicia por su mano, y a su vez fué castigado con el destierro y confiscación de bienes.

El pueblo reconocía el espíritu justiciero de su Reina, contemplando en ella a la defensora de sus derechos. El hondo afecto de los vasallos a la soberana de Castilla lo encontramos reflejado en una Carta escrita por el Gran Capitán a sus Reyes desde Nápoles; dice al interesarse por la salud de la Reina: «Torno a regradar a Dios por que antes supe la sanidad que la dolencia; e asi ha acaecido a todos acá; de que ha seido tan general y grande el plazer que no bastaría lengua ni pluma para encarecerlo».

También fué mucha la prudencia de la Castellana; gobernó su Reino, apareciendo que gobernaba el Rey de cuya autoridad era escrupulosa guardadora. El siguiente episodio nos lo dice bien claro; cierta vez jugaba Fernando a los naipes con varios caballeros entre los cuales se hallaba su tío el Almirante, quien decía de continuo «topo a mi sobrino», «paro a mi sobrino», refiriéndose al monarca, y la Reina que descansaba en una recámara, al oír ésto, se arrebujó en un manto y asomando la cabeza dijo en alta voz: «el Rey mi señor no tiene parientes ni amigos, sino criados y vasallos» (1).

El alma de Isabel plena de virtudes heroicas, se desbor-

(1) Francisco de P. Amat. *Flores de dichos y hechos, etc.*, por el Doctor Mathías Duque, Valencia, 1917, pág. XI.

daba también en ternura maternal, llamando amorosamente, *Madre*, a la Infanta Isabel por su semejanza con la madre de la Reina, a D.^{na} Juana, *mi Suegra*, recordando el parecido de esta Princesa con la madre del Rey; al heredero D. Juan, decíale dulcemente *mi ángel*, y *sus ángeles* eran así mismo las otras Infantas.

La que no flaqueó ante las preocupaciones de los más árdulos negocios de Estado y las mayores fatigas corporales, sucumbió al dolor acerbo de ver morir sus hijos, siendo tan desgarradora su aflicción que como dice el cronista «se acortó su vida y su salud» añadiendo que la dolencia se le acrecentó «de los enojos e cuchillos de dolor de las muertes del Príncipe D. Juan e de la Reyna de Portugal, Princesa de Castilla, sus hijos, que traspasaron su ánimo y su corazón». Falleció en Medina del Campo el 26 de Noviembre de 1504, después de una vida breve, en la medida de los tiempos y vasta en la medida de los hechos.

Bien sabemos, cómo dictó Isabel en el lecho de muerte su admirable testamento, que es un sabio resumen de sus grandes ideas, recomendando serenidad a cuantos presenciaban atribulados su agonía; y hasta en sus últimos momentos, flaca la naturaleza moribunda, entero y fuerte el espíritu, tuvo energías para exigir que al ponerle la Extremaunción, lo hicieran bajo las sábanas, pues su pudor no cedía a enseñar los pies desnudos.

La Reina que apenas gastara tres marcos de oro en un vestido para fiestas cortesanas, no podía menos de disponer funerales tan sencillos como fueron los suyos, prohibiendo pusieran gradas y torres en el túmulo, y mandando se gastara en vestir a los pobres, el dinero de las suprimidas pompas.

Su cadáver amortajado con el hábito de San Francisco fué llevado a Granada donde duermen sus restos el sueño de los siglos, a través de los cuales, palpita inmortal el recuerdo de la sublime mujer castellana.

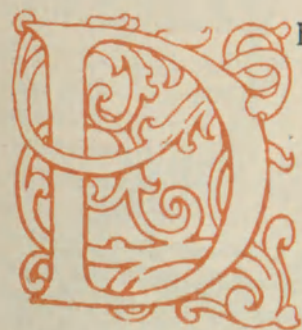
Y como fin, para darnos cuenta del duelo de los Reinos ante la muerte de Isabel, dejaremos al buen Cura de los Palacios que lo exprese en su lenguaje sencillo y conmovedor. Dice, aludiendo a los terremotos de aquel año (Abril 1504). «Así que se puede atribuir que por ventura Nuestro Señor en señal de la muerte de tan cathólica y necesaria Reyna, y por la mengua que de ella se había de sentir en sus Reynos... quiso que la tierra de sus Reynos y comarcas por donde su fama volaba, mostrase sentimiento y temblase como tan espantosamente tembló...»

MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS





EL RÍO Y ÉL



DESDE SU ORIGEN, EL RÍO se amó a sí mismo. Sabía sus hermosuras, el poder de su estruendo o la delicia de sus canciones de suavidad, la fertilidad que traía, la comprensión exacta de su mirada.

Lo cantaban los poetas; las mujeres sonreían complacidas en sus orillas; los jardines palpitaban al verse en sus aguas azules; los cielos se deslizaban acostados en su faz; las nieblas le seguían dejándole sus vestiduras, y bajaba la luna, toda desnuda, y se desposaba con cada gota y latido de su corriente,

Era muy bueno. Quizá fuese tan bueno en fuerza de amarse tanto, porque se amaba amándolo todo en sí mismo. Es verdad que, algunas veces, consentía que se le incorporasen otros caudales extraños, arrabales de monte; y le daban sus sabores y siniestros, hinchándolo y apartándolo de la serenidad de su madre. Entonces cometía hasta ferocidades.

No veía ni poetas ni mujeres ni jardines; nada; se quedaba ciego. Pero, entonces no era él, sino la riada. El verdadero río era un lírico de bien. Lo toleraba todo. Cuando más anchamente se tendía por el llano, le quebraban el camino cavándosele; tenía que derroscarse; se precipitaba buscándose; se despedazaba y hacinaba torvo y rápido, exhalando un vaho de espumas, con un tumulto pavoroso. Unas turbinas le arrancaban la fuerza torrencial. Y él no se enfadaba.

Pues, otras veces le salía un caz de molino. Nada tan inocente y tranquilo como un caz. Y el río, tan sabio y grande, le obedecía dándole un brazo para moler el pán de los hombres.

No es que le embaucara. ¡Ni cómo habían de engañarle siendo de una rapidez tan travilosa para comprenderlo todo! Se asimilaba todo lo que pasaba sobre su cuerpo y a su lado: aves, nubes, rebaños, praderas, monasterios, cortinales blancos de granjas, frondas viejas, senderos, aceñas, cruces de término, fábricas con chimeneas; hasta el humo de hulla subiendo al azul lo copiaba él atónitamente.

A pesar de su magnífica fortaleza, le agradaba lo menudo y humilde. Sin que nadie lo sintiese se entraba entre carrizos, juncos y espadañas; y, allí, recogido se dormía. De tanto dormir, criaba unas costras verdes, donde brincaban los sapos de calzas de posadero, de manecillas de brujo, ojos hinchados de miope y una palpitación en toda su piel resbaladiza. Y al entornarse la tarde, estas pobres criaturas que semejabán hombrécitos gordos, virtuosos y solterones, tocaban un flautín de oro. Tenían una novia como una flor que se miraba en el remanso. La veían muy cerca y no podían besarla. Nunca supieron que era la primera estrella; el río sí que lo sabía; y ellos tañían su trova ocultándose para que no se burlasen de sus aficiones románticas.

Porque probablemente se les reían las ranas volcándose en el agua y en la ribera, cogiéndose los ijares para no reventar croajando de risa; y por el más leve ruido se sumergían en el cieno dejándose al aire sus nalgas seniles; salían de los tamarindos las cigüeñas, enjutas, impasibles: las sacaban, las tenían algún tiempo exquisitamente en su pico; después se las comían vivas, despacio, remilgándose mucho, encogiéndose una zanca en el tibio plumón de la pechuga.

Avido de saber, callado y sutil, el río traspasaba laminándose la carne tierna de los márgenes, calando las raíces de los álamos de troncos de cortezas harinosas, con nudos como ojos egipcios y follaje sensitivo de plata; atendía el fresco temblor de los chopos que remedaban los rumores de su corriente ancha; subía para tocar las puntas de los cabellos lisos, desmayados, inmóviles de virgen primitiva de las salgueras y lianas, y los cabellos impetuosos y trágicos de los zarzales. Luego de lo umbrío del soto venía la tierra pradeña, jugosa y embebida de claridad, con realces y vislumbres de brocado. Pasaba una carreta de heno;

y el agua del río brotaba rota entre las gordas pezuñas de los bueyes.

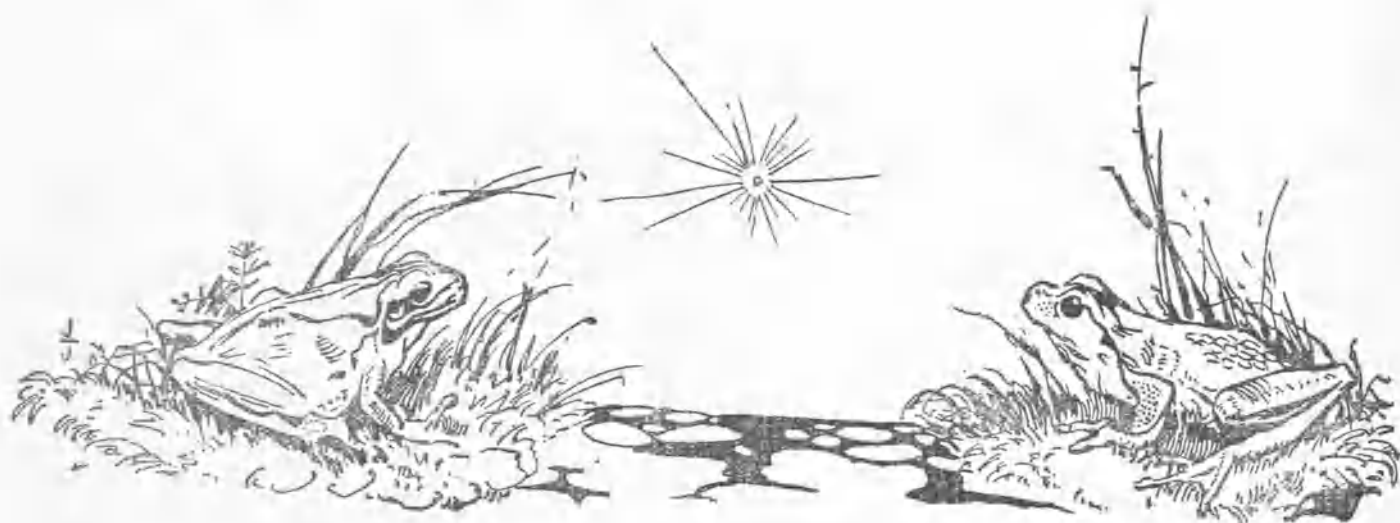
Surgía una ciudad. Muros vetustos, campanarios joviales, obradores foscos, llamas de naranjas, de paños y trigo, cuévanos de verduras, mercaderes detrás de sus oleajes de paños, artesanos y caballeros, quietud de callejas, una forja, un pórtico, una hornacina, rejas, balcones, solanas con niños merendando, con gallinas y palomos enjaulados, con abuelos dormidos, con mujeres llorando y rezando, con novios besándose, con geranios y rosales, con ropas de cama de un muerto, con un capellán y un escolar dando lección, con un enfermo contemplando su dolor en toda la tierra... Todo se quedaba espejado y estremecido dentro del río. Pasaba el arco de un puente de piedra venerable, llena de oro de sol viejo, y el río se encendía como si fuese de bronce, de carne, de frutas, de tisús. Era muy hermoso. Y otra vez campos de abundancia, hornos, almiarés, colinas de faldas labradas, rebaños, armadias, molinos, arboledas, «el suave olor del prado florecido», un calvario con su sendero de cipreses, leñadores, caminantes y hasta sabios leyendo y cavilando en la soledad.

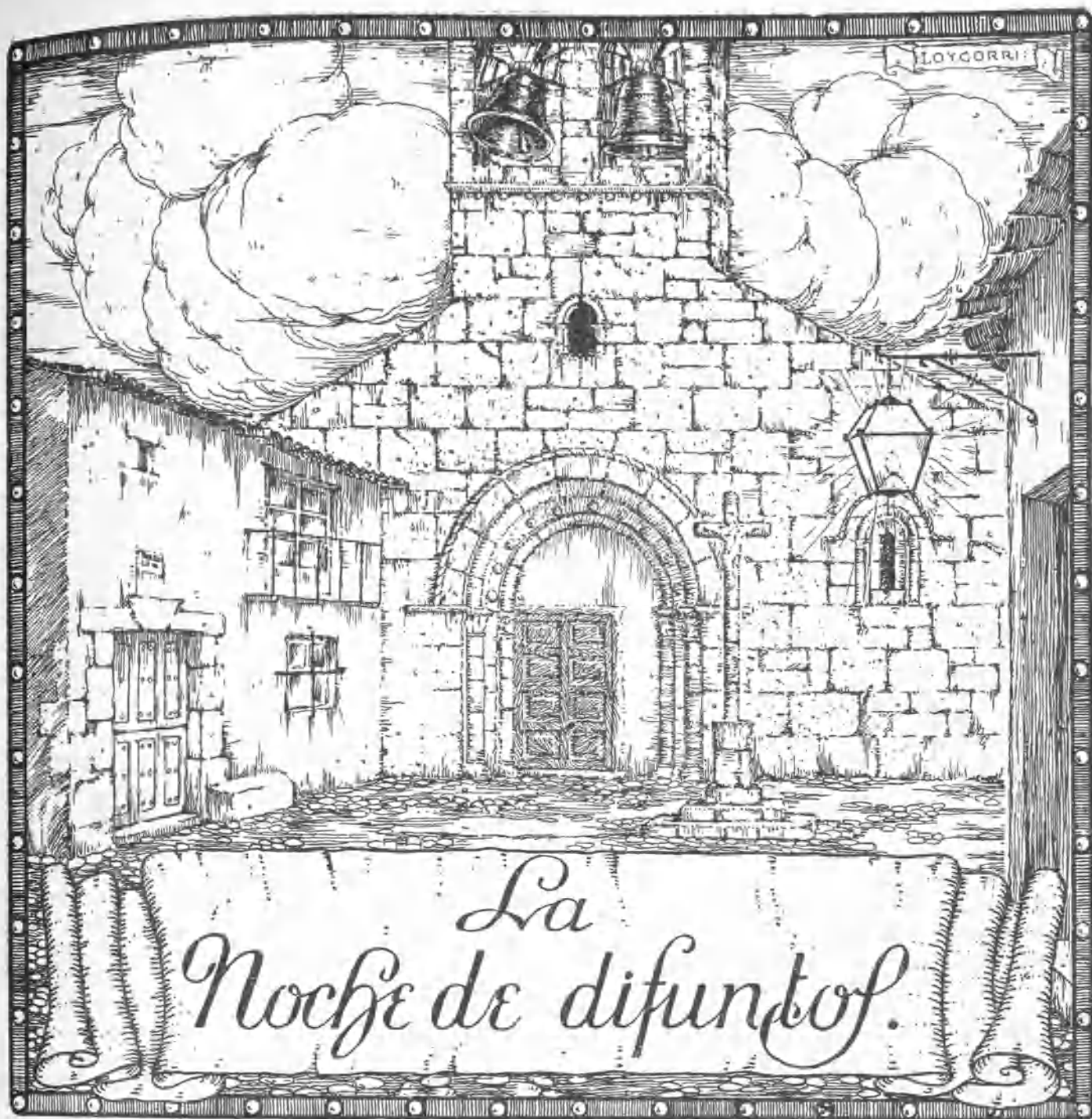
Y el río llegaba cansadamente a los saladores de la costa. El filo de la brisa parecía desnudarle de un cendal rizado. Venía el aliento frío y poderoso del mar. Toda la llanada era de calvas de roqueros, de marismas y arenales áridos y amargos.

«Aquí acaba la tierra mía, y principia el mar, que es mi muerte, según el poeta que comparó mi vida a la de los hombres». Y el río, para tardar en morir, doblóse en una curva lenta; y de súbito, tembló ante una visión desconocida. Quiso pararse por gozarla, y no pudo; se lo engullía el mar. Lo había gustado y contemplado todo en sí mismo: jardines, astros, cielos, cumbres, bestiajes; se habían sumergido en sus aguas cuerpos deliciosos de diosas, y suicidas desventurados que se hinchaban y se deshacían con los ojos abiertos; conoció el amor y la muerte; probó todos los sabores y sintió todas las emociones con una clara conciencia de su vida de generosidades; todo lo había gozado menos «eso» que se le presentaba en este instante, ya casi derretido.

Nunca había visto «eso», Señor, que era como una espada cincelada de imágenes, como un cuerpo vestido de toda la creación. Y el río se retorció angustiadamente, mirándose a sí mismo, mirándose él sin conocerse y se hundió en el mar...

GABRIEL MIRÓ





La Noche de difuntos.



NOSOTROS, LOS QUE VIVIMOS en las grandes ciudades, no sabemos cuánto hay de emoción conturbadora en la Noche de Difuntos, la que pone en el mes de Noviembre la señal gloriosísima de la resignación cristiana ante la Muerte. Los que vivieron la infancia en una aldea, son poseedores

de esa majestad sublime, y ella anidó en sus almas, y allí están juntos el miedo y la oración... Cuando llega el crepúsculo vespertino, suenan las campanas de la Parroquia. Tañidos lentos, de vario ritmo, que parecen notas del canto gregoriano, y voces de los que ya no pueden hablar... Miles de lenguas mudas llaman con el vibrar del bronce desde el Campo Santo... Todo el pueblo se sumerge en la sombra de lo que fué... Tornan los que pasaron, y el heredero tiembla imaginando que el heredado va a ocupar su sillón en la mesa, cuando llega la hora de la cena. Hasta la taberna calla. Los ebrios heben silenciosos. El avaro usurero se esconde, temblando de los que él mató con la daga del desahucio.

Las inmensas angustias humanas, las de los vencidos y

las de los victoriosos, pasan en ronda lúgubre por las calles de la aldea. Cientos de siglos se juntan en esa hora de la preza. Los que pelearon por Carlos V, los que fallecieron en la postrer jornada del Fondak, los letrados de las Chancillerías de los Felipes, las Monjas que siguieron la doctrina de la Santa de Avila, los nautas de la Descubierta, el poeta que habla en verso, el labriego que componía sus rimas sobre el terruño, guiando el arado, el maestro que vertía la doctrina, el tirano que la avillanaba... Todos van en la danza fúnebre... Y allá, en la iglesia oscura, el sacerdote solicita de Dios magnánimo el perdón para el pecado de ayer, como para el pecado de los siglos lontanos.

En la negrura de la noche caen de los altos lágrimas de fuego. Son los dolores de los penados, de los que sufren la ausencia de Dios... Ellos gimen, ellos padecen... Y esas lágrimas brillan, un punto. Luego se borran.

Hervidero terrible de martirios, vorágine de amarguras... Los que sufrieron arriba, sin el contento de ofrecer su pena al Señor, continúan sufriendo abajo porque es Ley Divina que así sea. Sólo hay en el Cielo una puerta abierta al ser humano: la que tiene en su frontis este rótulo: *Renunciación*.

Y cuando la última campanada retumba en las calles sin alumbrado, parece que el remordimiento comunal tiembla en el corazón del hombre...!

MANOS DE MARFIL

SINFONIA



INTENTAR EN UN LIBRO el apuntamiento de todas las maldades del género humano, fuera empeño tan absurdo como el de encerrar en un odre las aguas del mar. De igual modo, quien aspire a sintetizar los prestigios de la mujer en un alarde psicológico, más o menos extenso, será como el loco que procurase copiar en

un lienzo la totalidad de los Cielos, con sus auroras y sus atardeceres, con sus nubes y sus limpidísimas esferas azules. Vulgar aserto que viene como anillo al dedo a la ocasión presente, en la que se me ordena que hable de la mujer en sus diversas situaciones sociales, la niña que ríe, la joven que ama, la esposa que auxilia al marido y le aconseja y le endulza las luchas del vivir, la madre que rodea a sus hijos de los perfumados algodones de la previsión, la anciana que pone en sus labios la máxima confortadora uniéndolo que fué con lo que será en el tránsito de los dolores a la Gloria eterna. Difícil, mejor imposible empresa para el humilde ingenio mío. Quien una la ciencia a la inspiración, quien sea filósofo y teólogo, historiador y poeta, experto buceador en los senos misteriosos de la existencia, quien poseyera tanto poder mental, acaso consiguiera lo que a mí está negado... Y sin embargo, no he de abandonar el propósito, porque es de actualidad suma. En cualquiera hora es la mujer tema del momento. Hoy es el tema fundamental. Porque el hombre ha fracasado como gobernante, como educador, como numen directivo de los pueblos, y si la hembra no acude a sustituirle, habrá que entregarse a la máxima desesperanza. Esa es la verdad, por mucho que ofenda al vanaglorioso señor, que allá, en los días bárbaros, dijo aquello de: «La mujer en casa y la pierna quebrada». A lo que habría que rectificar: «La mujer en el alma de los hombres para vigorizarlos y ennoblecerlos...»

El rasgo de los horrendos días en que desfallecemos es el de la desaparición de los ideales. Sólo se aspira a la satisfacción del instinto. Dinero, vanidad, odio: esos son los lemas. Y de este modo la caverna de los trogloditas nos reclama con todas sus rudezas y con toda su bestialidad. La uña del oso rompe el guante del caballero, y no parecen exagerado el reclamo del dentista de Chicago que publicaba en un periódico el anuncio de su gabinete odontológico con estas palabras: «Aquí se construyen y colocan dentaduras para poder reñir a mordiscos»... Si la hembra no sustituye la fiereza con la dulzura, ese dentista va a poner sucursales en todas partes.

En cinco naciones se ha concedido el derecho de ser electora y elegible a la mujer. No me compete examinar este propósito que parece aquí ya aceptado. Lo que sí importa a mi doctrina es que cuando el hombre, tan absorbente y tiránico, accede a esa demanda de su compañera, es porque sabe que él está dejado de la mano

de Dios, y para tornar al contacto salvador, es necesario que la hembra intervenga. Es que va extendiéndose la idea de que hay que orar, y si no nos dicta el rezo la esposa, acaso no surja de nuestro corazón con la fervorosa intensidad conveniente.

El Caballero de Suavia, el melancólico, el amargado, rogaba a su amigo y lector que le contara grandes hechos que levantaran su ánimo. El confidente le refirió las hazañas de Alejandro. «Quiero algo mejor» —exclamaba el afligido—. Y el narrador seguía con las aventuras de César. «—Algo más elevado deseo». Luego pasaron las guerras de Napoleón. «—Eso no. ¿Es que la humanidad no ha hecho nada más digno de ser admirado que todo eso?»... «—¿Será preciso que os hable de mujeres? ¿Queréis?»... «Claro que eso es lo que tal vez me regocije y me entusiasme —concluyó el Caballero. Desde entonces sólo se escuchó en la estancia cercana al lago de los Cisnes negros, la magna noción de la caridad, del sacrificio, de las abnegaciones. Desfilaban las mujeres que allá, en lo antiguo, y aquí, en lo novísimo, fueron y son el rostro angelical, los encantos de la poesía, el premio de un casto beso, la inagotable generosidad, la base de los hogares y de las naciones.

La poderosa virtualidad de la mujer se revela en que siempre, sea la que fuere su edad y su situación en la vida, conserva el alto honor, la dignidad suprema. ¿Quién será capaz de reirse de una madre, por excesivos que sean sus delirios para el fruto de sus entrañas?... La aldeanita ignorantisima que trabaja afanosamente a fin de contribuir al pan de sus ancianos padres, no necesita de elegantes vestidos, ni de discretos decires, para ser admirada. Yo he visto en un lugarejo de la provincia de Guadalajara a una mozueta casi imbécil que cuidaba a su abuelita, impedida, ciega, sorda. La muchacha, cuando no se hallaba cerca de la viejuca parecía una caricatura femenina. Apenas se arrodillaba cerca de la abuela, y tomaba a ésta las manos, y la besaba el arrugado rostro, ascendía en condición. Se había trocado en un ángel... Murió un hijo, murió una hija. La desolación invadió el hogar. El padre yacía estremecido sobre el lecho. La madre suspiraba en un rincón. Como las desgracias se arraciman, entonces ocurrió un incendio en la casa de las tragedias. Las llamas invadieron las trojes, y amenazaban concluir con el edificio... El atribulado varón, ni dió señales de enterarse de lo que sucedía. Pero la hembra saltó de la silla, corrió al lugar peligroso, y con sus manos tembladoras remedió el siniestro. Acaso las lágrimas de la heroína apagaron las llamas. El esposo, medio idiotizado por la pena, gritaba: —«¿Qué haces, mujer?»...— Ella repuso: —«Defender la cobija de los otros hijos que nos quedan, la casa nuestra donde hemos de seguir cumpliendo la ley de Dios, que es ley de resignación...»

Considerad como la mujer supera a cuanto le rodea. Si la cubris de flores ella será la flor más linda, bien que carezca de encantos personales. No hay como la belleza espiritual de la hembra fea. Si colgáis de sus orejitas y de su pecho brinquíños de diamantes, o todos los tesoros de Golconda, ella lucirá en sus ojos y en los resplandores de



su tez, mucho más que las joyas. Hacedla Reina, y si mira a su heredero, la Corona de las sienes será menos augusta que la sonrisa de los labios... Ideal imperecedero, amor de lo santo, exacta y fiel verdad de las realidades, advertencia contra el daño, aviso contra el enemigo, grito que despierta cuando interesa organizar la defensiva, la mujer es la fuerza primaria de la humanidad.

Su consejo está revalidado por una calidad maravillosa: es inesperado. El suena cuando no se le aguarda y con opiniones originales; más que un raciocinio es una inspiración. Dios conduce a la hembra, porque ha querido ser el amparador de la debilidad.

Cuando los franceses sitiaban a Gerona, la ciudad inmortal defendida por el héroe sublime Alvarez, escaseaban las municiones. Y andaba de barbacana en rebellín una vieja desgredada, vendedora de hortalizas de las huertas del río Ter. Así que los tiradores paraban el fuego, porque se les había concluído la cartuchería, la verdulera octogenaria aparecía, y daba a los luchadores unos cuantos paquetes

de balas y de pólvora. ¿De dónde los sacaba? Nunca se supo. ¿Era esta verdulera un milagro?... Ciertamente. Era la hembra española que tiene en sus entrañas el arca inagotable para sostener las campañas por lo justo, para socorrer las inmerecidas desventuras... La Tía Siseta, que as se llamaba la longeva gerundense, 'quedó' eternamente en la memoria de los hijos de San Narciso... La Tía Siseta es la abuela de todas las madres subsiguientes, y el símbolo del sexo invencible.

Sí: yo os hablaré de la niña, de la doncella ya crecida, de la esposa, de la madre, de la que cubierto el cráneo de canas, ambula entre sus nietos como gallina criadora entre el agitado y piador enjambre de los poyuelos.

Y si no acierto con la idea que me mueve, será error de mis sentimientos por lo que confío en un magnánimo perdón. No puedo hacer más: entrego en rehenes lo mejor que tengo: el corazón.

J. ORTEGA MUNILLA

S. A. LA INFANTA DOÑA ISABEL DE BORBÓN



EL NOMBRE Y LA HISTORIA de su Alteza D.^a María Isabel Francisca de Borbón vibran en la existencia española con el respeto y el amor de los ciudadanos, sin que nunca se haya debilitado el sentimiento de la veneración y de la popularidad. Sus rasgos esenciales son estos: cultura, virtud, generosidad, amor a los pobres, delectaciones de artista, modestia, concepto exacto de sus obligaciones como Princesa y como hija de Castilla. En las distintas situaciones en que el azar la colocó, siempre fué dechado de discreciones, ejemplo de patriotismo. Heredera de Reyes, y en repetidos momentos, del Trono, supo pasar sin menoscabo y sin sacrificio de esta posición a la de Infanta. Ya en el destierro, ya en el palacio de Oriente, fué fanal luminoso, estrella guiadora de las abnegaciones, eficaz auxiliar de su augusto hermano Don Alfonso XII, de la egregia viuda de éste, de su sobrino el actual esclarecido Monarca. No tuvo idea propia, sino es la de obedecer al Jefe de la Dinastía, la de servirle y acrecentar su prestigio. Jamás intervino en la política, según se entiende este concepto, y con ese no intervenir logró no pocos triunfos. Por ello es la Infanta Isabel la Dama primera de España. Rodeola en todo momento el cariño del pueblo. El odio no osó nunca penetrar en el recinto moral de esta mujer perfecta. Cuanto la cercaba se engrandecía. Popular y respetadísima, tiene en su rostro la sonrisa afable y el gesto de la Majestad.

Casó a los quince años de edad con el caballeroso príncipe Cayetano, Federico, Conde de Girgenti, hijo de los Reyes de Nápoles, ya destronados; él había peleado en Sadova con intrepidez magnífica. Peleó asimismo en la batalla de Alcolea. Luego, el pesar de tantas desventuras políticas, anticipó el desenlace de una existencia de héroe. Y la Infanta fué viuda en plana mocedad. En ese duro trance y en los otros, amarguísimos también; en la muerte de su gentil hermana menor, la Infanta D.^a Pilar, en la de su padre el Rey Francisco de Asís y en la de su madre la Reina Isabel II, así como en la del Rey Alfonso, y en la de las Infantas D.^a María Teresa y D.^a María de las Mercedes, mostró D.^a Isabel temple prodigioso de cristiana. Supo dominar el dolor y rendirle a Dios en homenaje de prueba aceptada.

De igual manera que supo sufrir, supo olvidar lo que debía ser olvidado, y así de las iniquidades de que la pasión partidista hizo víctima a sus padres, los Augustos Reyes, no quedó en el corazón de la Señora preclarísima ni el menor rastro. Sobre ese co-

razón no podía edificarse sino monumentos de honor.

Así como los hijos de Pau llamaron y llaman al Rey Enrique IV, el Bearnés, «nuestro Enrique», los madrileños, los castellanos, pueden llamar a la Infanta «nuestra Isabel», porque ella significa y representa los amores, las aficiones, las tradiciones de esta raza y de esta villa. En la Pradera de San Isidro es férvida devota del Santo y curioseadora de los armadijos festeros. Va de puesto en puesto, de merendero en merendero. Goza escuchando las rudas musiquillas, tiene allí sus amigos, los dueños de tinglados, los especuladores sobre el júbilo inocente de las humildes muchedumbres. Su memoria prodigiosa le permite recordar hasta a la pobre que anda en muletas y que cada año acude en solicitud de la limosna principesca.

Artista de espíritu, maestra en el divino arte, amparadora y guía de pintores y de músicos, a ella deben no pocos ilustres, guías hoy de la estética nacional, su carrera y su numen. La lista de los letrados, de los militares que con las dádivas de la Señora alcanzaron digna situación, sería larguísima. Sembradora de gratitudes, por donde va florecen las alegrías.

Ha viajado mucho, sigue viajando. Fué a Buenos Aires en ocasión memorable y difícil, y allí se constituyó en la dichosa Embajadora del Pueblo y del Monarca. En la capital del Plata la Infanta es tan amada como en Madrid.

Ella posee el prodigio de la discreción en grado máximo. Nunca determinó un conflicto de etiqueta. Porque su presencia la coloca donde debe estar, y las dificultades se allanan ante su autoridad innata y ante su talento. Con ella marcha por el mundo el don singularísimo de la raza castiza, de la que dijo un Rey de Francia: «Castilla impera con su sonrisa y con la nunca necesaria expresión del enojo».

Observad un rasgo. La Infanta D.^a Isabel aparece en un teatro, ya para asistir a la representación de una comedia, ya para oír un concierto. Podéis estar seguros de que la Señora sólo va donde hay algo que es digno de aplauso. Es la Princesa definidora y crítica. Adivina, o bien enterada, acude sin error posible al estadio de los triunfos merecidos.

Conserva en sí el culto de sus padres. Ama a sus progenitores como una hembra del pueblo. Y siente las dichas y los dolores de su familia como si esa familia no fuera una Dinastía. En su mente los sucesos en que se glorificaron o se entristecieron Reyes y Príncipes, pasan serenamente en una atmósfera ajena a los intereses humanos y políticos. Arde en lo recóndito una luz de amores que irradia la piedad...

Su Alteza la Infanta D.^a Isabel es una imagen del sentimiento hispano, y una fórmula del buen sentido nacional.



LA CUMBRE MÍSTICA

II

DEL RACIONALISMO AL EMPIRISMO EL APETITO DE LA UNIDAD EL PEN-
 SAMIENTO DISOLVENTE LA DIOSA RAZÓN TRAGEDIAS Y PARADOJAS
 DEL SIGLO XIX LOS NUEVOS SACERDOTES DE LA CIENCIA LA FILOSOFÍA
 DEL NÚMERO Y LA DEL TANTO POR CIENTO



LO QUE MEJOR DEFINE y caracteriza a nuestro tiempo, lo que le da un aire singular de incertidumbre, de confusión, de entrañable inquietud, es el conflicto agudo entre la inteligencia y la vida, entre el pensamiento y la acción, desavenencia trágica, sombría discordia que ha venido a poner en pleito y en divorcio todos

los bienes de la cultura humana, a conmovir y destruir sus bases, aún aquellas que en la filosofía, en la moral y en la estética parecieron siempre hartas sólidas, bien concertadas y seguras.

En otras edades más felices todo el esfuerzo intelectual de las generaciones, su apasionada y angustiada lucha por descubrir los enigmas de la naturaleza y del espíritu, convergían, como los rayos del sol en el foco de una lente, en aquellas fórmulas clásicas y armónicas de Fray Luis de

León, divinamente codicioso de abrazar y aprender la máquina del universo y «reducir a unidad la muchedumbre de sus diferencias».

Este querer avecinarse a Dios, que en sí lo contiene todo; este apetito de la Suma ciencia, «pío universal de todas las cosas, fin y blanco a donde envían todos sus deseos las criaturas»; esta ardentísima sed, gloriosa y dolorosa de unidad y concierto, estuvo en pugna siempre con los problemas antagónicos de la razón y de la vida, con las antítesis formidables del mundo exterior y la conciencia humana. Tales oposiciones fueron perpetuamente el rasgo común, el tema dramático y sublime de todas las Filosofías, de todas las crisis intelectuales que pudo concebir y padecer el Hombre, eterno Prometeo de la verdad y de la ley. Mas nunca llevó, como ahora, con tan morbosa acritud, su pensamiento reflexivo, a la vez creador y disolvente, a demoler hasta los últimos cimientos de su alma, y destruir las últimas razones de su Fe, a desmentir la verdad, a negar el conocimiento, maldecir la ciencia ni renegar de la vida.

El ímpetu racionalista y pagano del Renacimiento, al hender con furia las viejas unidades religiosas y filosóficas, si abrió más anchos horizontes a la vida humana, hizo tam-

bién más trágicos y profundos sus inquietantes problemas. Y como todos los movimientos del espíritu, como los movimientos del Océano, tienen su flujo y su reflujo, aquella soberbia pleamar renacentista se redujo en el siglo XVIII a una especie de menguado intelectualismo, intransigente y destructor que aspiraba a encerrar la vida en otros moldes harto más rígidos y estrechos que los moldes clásicos, menos universales y armoniosos que las puras doctrinas teológicas.

El seco y feroz ateísmo de los enciclopedistas se cuaja en las saturnales de la Revolución francesa; luego de suprimir a Dios, luego de negar la Fe, la Razón, como es lógico, se deifica a sí misma, en torpe simulacro, bajo la triste figura de una pobre mujer medio desnuda, ébria de vino y de sangre...

Y es curioso advertir [oh paradójal] que mientras en las calles de París los «tigres ingenuos» del 93 encumbraban la Razón sobre el pavés de los cadalsos, entre las ruinas de los altares y los tronos, un solitario pensador, en su humilde casita de Koenisberg, fulminaba silenciosamente la crítica más implacable que se hizo jamás de aquella Razón desnuda y endiosada, falso icono de un día, caído poco después bajo la burla y el ultraje de sus mismos adoradores.

Porque el racionalismo fanático es, a la postre, la serpiente que se muerde la cola y, mejor todavía, el buitre que se desgarran las entrañas. Aquellos turiosos coribantes de la Razón, aquellos mismos que la exaltaron por encima de la Fe y de la Vida, vinieron, por natural evolución, extremando la parte demoleadora y negativa del kantismo, a renegar de la Inteligencia, a socavarla en sus más hondas raíces, a desmentir su justo, su innegable precio como norma de vida, como instrumento de conocer. Declaróse a todos los aires, a grito herido, con bronco y universal escándalo, el descrédito de la razón humana, la bancarrota de la ciencia pura, el divorcio absoluto, inexorable, del pensamiento y de la acción.

Todo el siglo XIX, presa infeliz de ese intelectualismo suicida, padeció las ansias y los daños de tan terrible divergencia. De espaldas a las antiguas, a las robustas y armoniosas síntesis, falto de voluntad y brío, sin los recios apoyos de la moral y de la lógica, sumido en vagas y enervantes ideologías, cayó, por ley de fluctuación, en los cie-

nos del más desenfadado materialismo. El sabroso veneno del análisis; la pugna cruel entre la actividad y el ensueño; la rebusca enfermiza de lo extraño y morboso; el desenfreno de la sensibilidad, la percepción profunda de las nuevas antítesis vitales; la inquietud y el hastío de las cosas abstractas, lanzáronle, por fin, a los rabiones de la naturaleza sensible, con el hambre voraz de otras más sanas, más seguras y alegres realidades.

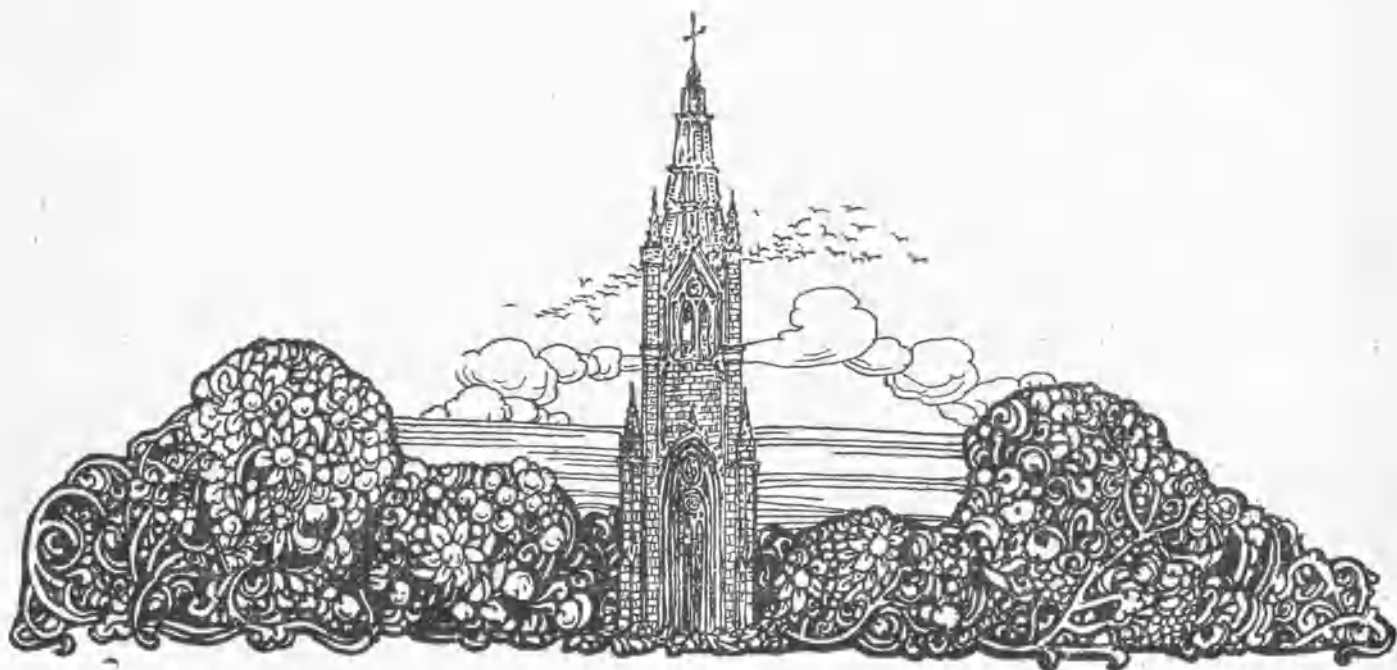
«¡Física: librame tú de la Metafísica!», dijo, como Newton, el siglo ardiente y desventurado. Y, entonces, al conjuro de aquella desolada invocación, alzóse el naturalismo con humos de soberbia dictadura. A los filósofos, a los metafísicos, sucedieron los médicos, los químicos, los biólogos, los nuevos apóstoles de la humanidad pensante y doliente, los que venían a romper las tablas de los valores antiguos, a recluir para siempre la religión y la metafísica en las vitrinas de sus laboratorios y museos junto a los fósiles de las edades prehistóricas.

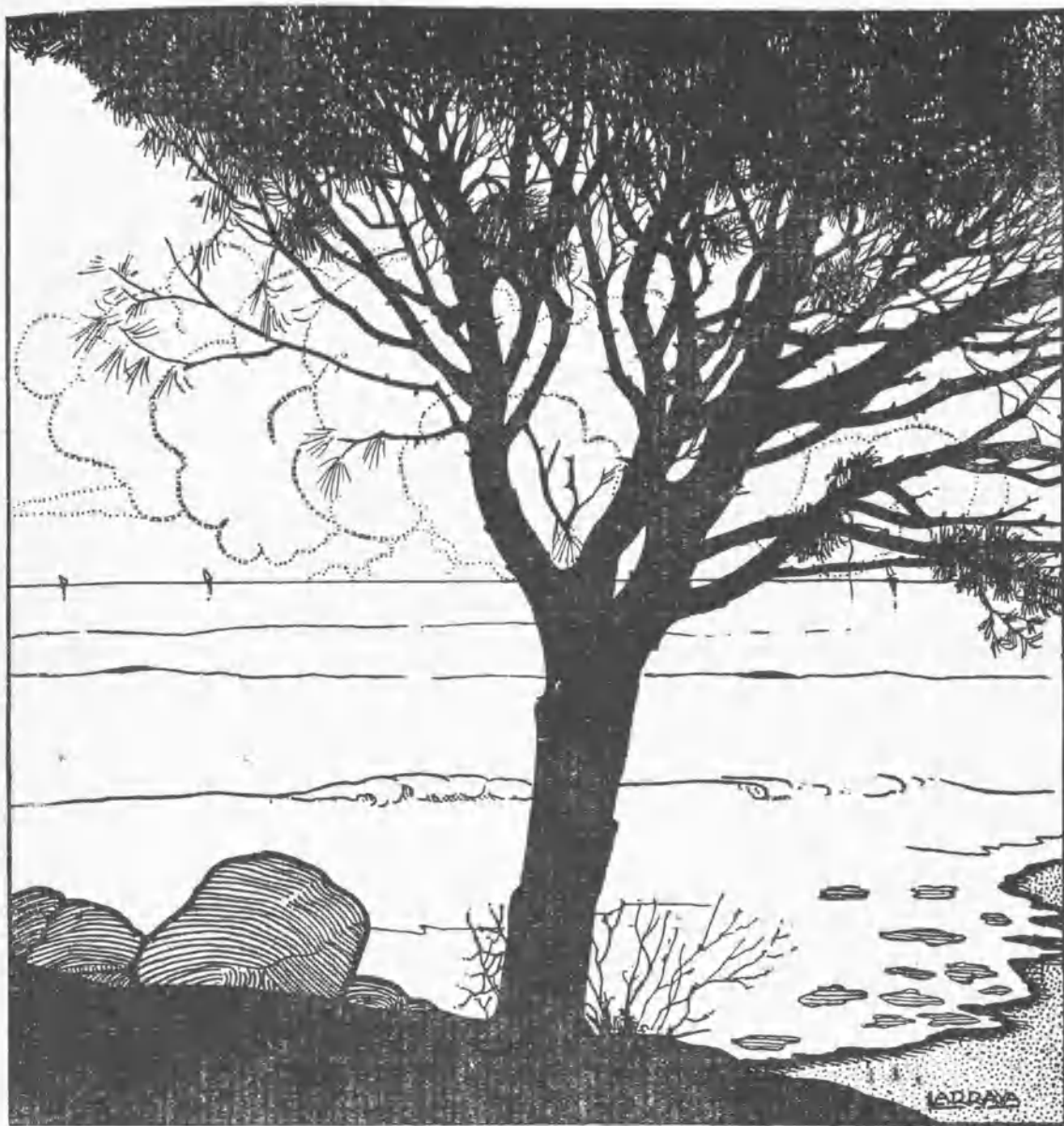
El nuevo Empirismo —que era a su vez tan viejo como el mundo— traía el sello de su vencido mayorazgo el Racionalismo: como él, quería suprimir a Dios y renegar del alma *per secula seculorum*. Mas como Dios y el alma no se eliminan fácilmente, sucedió que los flamantes físicos para llenar el hueco en el altar, hicieron dogma y religión de sus «ideas positivas», se alzaron ellos por sacerdotes de su culto y endiosaron al fin, no la Razón sino la Ciencia, la ciencia experimental, la única ciencia verdadera, científica, y trascendente, compatible con la razón y con la vida...

Al positivismo, genuinamente francés, vino a añadirse el utilitarismo británico: florecieron los dos, cruda y soberbiamente en la América sajona. Impusieron su reinado los reyes del hierro y del oro, los luchadores, los hombres de acción, los amos de la vida, despreocupados de todos los porqués, indiferentes al más allá, ganosos, no de inquirir el sentido, el fondo, la esencia ni la razón de la vida, sino de vivir a todo trance, ávidos de gozarla y poseerla, de exprimir sus frutos, considerándola como un negocio donde todas las cosas tienen su valor y su precio, en que todo se tasa por lo que sirve...

Pero esta nueva filosofía capituló aparte merece.

RICARDO LEON





El pino de Tormentor

Versión castellana de la célebre poesía catalana
de Mosen Miguel Costa y Llobera.

Mi corazón ama a un árbol. Al viejo olivo supera
en años; en fuerza al roble y al naranjo en el verdor.
Conserva de su follaje la perenne primavera
y a las tormentas arrostra que combaten la ribera
cual gigante luchador.

No contempla entre su fronda a la flor enamorada
ni acude la fuentecilla sus sombras para besar¹²

mas Dios ungió con aroma su cabeza consagrada
y la deparó por trono áspera sierra enriscada
y por fondo el vasto mar.

Cuando allá, sobre las ondas, la luz divina alborea,
la avecilla en él no canta, que el hombre suele aprehender,
mas del águila marina la excelsa voz le recrea
o del buitre pasajero siente el ala gigantea
su follaje remover.

De los jugos de esta tierra su vida no se sustenta;
retuércese por las rocas su raigambre colosal;
de aguas, vientos y calores el rigor no le amedrenta,
y como un viejo profeta, fuerzas cobra y se alimenta
con el amor celestial.

¡Árbol sublime! Del genio es el trasunto dichoso;
él domina las montañas y afronta la inmensidad;
para él la tierra es ingrata; pero le besó amoroso
el cielo que le enajena, y le hacen fuerte y glorioso
el rayo y la tempestad.

Cuando el huracán sin freno rebramando se adelanta,
y entre la espuma parece que la peña se ha de hundir,
más recio el árbol entonces que las ondas, ríe y canta,
y por cima de las nubes, vencedor, más se agiganta
su melena al sacudir.

Árbol, mi pecho te envidia. Yo, sobre la tierra impura,
a guisa de prenda santa, tu recuerdo guardaré.
Siempre luchar, vencer siempre y reinar sobre la altura,
y vivir y alimentarse con el cielo y la luz pura,
¡noble destino es a fe!

¡Arriba, alma fuerte! Rompa las nieblas tu pensamiento
y arraiga en alto, imitando al árbol del peñascal;
verás rendido a tus plantas del mundo el mar turbulento,
y tus canciones tranquilas surcarán el raudo viento
como vive en su elemento
el ave del temporal.

EL CONDE DE CEDILLO



UN SUEÑO



EL OTRO DÍA, MEJOR DICHO, la otra noche tuve un sueño... un sueño que me dejó los huesos doloridos y, al mismo tiempo, no sé qué incommovible fortaleza...

Desde la antigüedad siempre fueron misteriosos los sueños, y por si éste pudiera interesa-

ros, me atreveré a contarlo brevemente, para no cansar vuestra atención.

Soñé... Me elevaban a lo alto...: a regiones serenas...: allí donde no llegan las luchas de aquí abajo que tanto apasionan... Y de repente, haciéndose la luz ante mis ojos, apartándose las tinieblas que tenía ante mí, divisé en toda su extensión y con gran majestad a España entera... En aquella luz la contemplé...: allí estaba la verdad de su decir, la hidalguía de su proceder, la caridad de su sentir, la paciencia de su valor, la austeridad de su vivir; allí estaban aquellos hogares, casi únicos ya en el mundo, y aquella fe, que no le pudieron arrancar... Y el amor a mi Patria se avivó en mi corazón. La vi próspera, engrandeciéndose. Bien es verdad que algunos males vi, pero no comparables a los que sufre hoy la desolada Europa, y tenían fácil remedio con la paz y un átomo de buena voluntad en sus gobernantes... Mas ¡ay! que en este mundo las grandes alegrías duran poco y han de ir marcadas con el sello del dolor... Y fué el caso que ante mi vista entristecida, aparecieron, en conjunto, todos los enemigos de mi Patria amada... Todos llevaban grandes enseñas; en todas vi graves amenazas... Eran en primer lugar las ideas separatistas de desagradecidos hermanos; eran luego intelectuales que no quieren comprender la grandeza de nuestra historia y que, sin darse exacta cuenta, en la sombra, laboran contra ella; venían después los políticos extranjerizados, traductores de leyes, gobernantes que abandonaron su deber, porque no siempre supieron sobreponerle a su ambición. Todos ciegos o locos, que ayudaban al desgobierno en el momento del peligro: locos y ciegos que no supieron ver la fuente de grandeza que tuvo España, cuando a España sus hijos gobernaron con sus leyes y por su espíritu, y que por dejarse llevar de aquel venero de fe, fueron grandes, de esa grandeza en que dominando el espíritu a la materia, le hace ver la muerte despreciable, porque tiene camino seguro para la eternidad, que es la necesidad más elevada de su ser.

Al aproximarse a mí, oí sus voces: todas coincidían en la necesidad de cambiar el espíritu de España, condenándole como causante de toda desgracia y atraso, queriendo «europeizarla» según su expresión... ¡Oh, cómo gritaban,

y en qué discordante son! Tampoco entré ellos se entendían, únicamente para lanzar aquellas piedras que debían herir de muerte a la madre Patria, para... regenerarla después... según decían todos, y yo veía cómo, en el fondo, era una sola la mano que las suministraba, y aun sin comprenderlo aquellos mismos que las arrojaban, todas llegaban al corazón y atacaban directamente a aquella fe española tan verdadera y ella sola fecunda en buenas obras.

¡Oh, con cuánta injusticia hablaban! ¡Cómo los engañaron! ¡No veían que hace siglos ese espíritu no es el que tiene el poder ni el Gobierno! ¿Cómo no lo ven, si está tan perseguido y precisamente es esta la causa de nuestra desgracia?

Los oí, y por un momento se levantó en mí un hábito de fortaleza: comprendí que no debía callar y vibraron mis palabras en el espacio con inusitada violencia. Deseáis un cambio y un cambio que marque, si es preciso, su huella con sangre... Así tendrá que ser, porque preciso será todo... Pero antes mirad por un momento este instante presente. Ved... estos hombres que nos gobernaron: fuera de muy contadas excepciones, son hombres que ha tiempo creyeron que abriendo unas ventanas en nuestras fronteras, no debían tener ojos ni oídos, más que para mirar y oír por ellas. Si además os fijáis en la ola que arrastra el movimiento de la vida; que nos invade con sus medios el oro poderoso, el esfuerzo de las naciones victoriosas, veréis que de España ya queda menos, y no quedaría nada si no defendiéramos lo esencial, lo fundamental de nuestro ser.

Aceptaremos los medios para proseguir el engrandecimiento de España, el trabajo, el esfuerzo de todos los que quieran realizarlo, venga de donde viniere; pero nunca el cambio de los ideales, por los de otras naciones que aun tienen en esto que aprender de la nuestra. ¡Y oídlo bien, os lo decimos muy alto! Queremos vivir en el ambiente de la historia de nuestra Patria y lucharemos hasta morir, si es preciso, regando nuestra tierra con nuestra sangre, como la última ofrenda, haciéndolo en la paz de nuestra conciencia con la certeza de que así *umentaremos* este espíritu gigante que a través de los siglos y a pesar de tanta persecución sentimos palpitar con tanta fuerza en nuestros cuerpos y que no puede morir porque es hijo de aquel Dios de verdad que ha sido, que es y que será, por eternidad de eternidades...

Y este fué el sueño aquel que me dejó los huesos doloridos y al mismo tiempo no sé qué incommovible fortaleza.



PARA LOS LECTORES más escogidos de España no necesitan las obras de "Victor Catalá" fiadores ni prólogos. Nuestro público conoce y admira a la autora de "Solitud", una de las novelas contemporáneas más peregrinas y fuertes que produjo el ingenio

femenino. Pero esta ilustre española, que sólo en catalán compone sus páginas insignes, ha querido, acaso por primera vez, escribir en castellano para VOLUNTAD, y su cuento "Amapola" es en la gran Revista madrileña una encendida flor de predilecciones y homenajes que merece especial gratitud.

La personalidad inconfundible de esta escritora tiene, por lo sincera y espontánea, un firme cimiento catalán. En su patria, la incomparable región ampurdanesa henchida de recuerdos y vestigios, ahincó esta briosa mujer su arte, dramático y torrencial como aquel viento que corre por las llanuras de Ge-

rona: el "Cirtio" que recibió su nombre de la diosa helénica. Y la arrogante inspiración halló en la sobria lengua nativa acentos y matices tan suyos y expresivos que no batió las alas fuera de su cuna. Ya encontraba la novelista crecido y pujante el renacimiento de la literatura catalana; ya el viejo idioma levantino de Iberia, depurado, flexible y armonioso mediante la ejemplar emulación de los escritores regionales, brindaba a los artistas anchos caminos de gloria. "Victor Catalá" pudo hacer su hermosa labor con el íntimo lenguaje del país: su inteligencia, su fantasía encontraron fácil rumbo en los montes asperísimos del "Emporió" griego, en las playas admirables del Golfo de Rosas, en las riberas cantarinas del Fluviá y el Ter.

Hoy la musa del Pirineo español, la cantora de las cumbres señeras y los valles misteriosos, olvida su aislamiento valiente y señoril, y desde los engarces bravíos de Nuestra Señora del Mont, consagra su pluma en el ara maternal de Castilla.

Quisiéramos celebrar aquí tan amable tributo con los honores debidos a una generosa promesa y a una delicada merced...

CONCHA ESPINA



AMAPOLA



SE MECE LA CUNA CON lento y monótono vaivén.

Acurrucado en ella, como gato al sol, todo él hoyuelos y repliegues, duerme el mamón, envuelto en blancos y humildes lienzos.

Al ritmo de la cuna retiemblan levemente sus blanduras fofas, apenas contenidas por la envoltura de raso cre-

ma. Sus párpados tendidos son dos sutiles y transparentes pétalos de rosa té.

Bajo su naricilla incipiente, montoncito de carne sin forma definida, hay dos puntitos redondos que parecen hechos con el punzón de una bordadora. El bozo dorado, sólo visible a contra luz, que cubre el corto y tibio labio, está húmedo de rocío cristalino. Duerme el infante y su hálito ténue, dijérase que inexistente, no empañaría el pequeño cristal de un medallón.

La madre, con el pie en el travesaño de la cuna, la mece lentamente y su mano ágil, armada con el penetrante hilillo de luz, dobla el compás del vaivén con sus premuras diligentes. La madre cose unas diminutas bragas mientras el roro duerme.

Por la puerta entornada del huerto penetra el vaho

ardiente y agobiador de Junio, pero, desconcertado, atenuando sus arrestos, detiéndose en el umbral de la casa, mantenida a todas horas prolijamente regada y en dulces penumbras por el ama limpia y hacendosa.

En la parra entoldada, junto a la reja, canta interminablemente una cigarra huída de los campos, y su áspero y tenaz chirrido resuena en la paz de la siesta como el roer insistente de una lima en un trozo de acero... Una lluvia de fuego recalienta y abrasa el polvo asentado en calles y ejidos... Del alto campanario cae una sola nota, la hora primera de la tarde, y en su descenso mesurado, grave, como amortecido por ideal paracaídas, se sueñan siculentas y mórbidas pesadeces de fruta que se desprende del árbol por razón de su misma madurez...

Allá, a lo lejos, al pie del otero, en dilatado mar de oro, crujen y susurran las mieses, estremecidas en toda su longitud por una especie de calofrío voluptuoso y lánguido, como se estremecería el lomo de un felino acariciado por la suavidad de una mano afectuosa.

Los segadores, en ristra, encorbados, sudorosos, con la piel oscura, reluciente y endurecida de cobre pulimentado, empuñan sus hoces de plata, que relam-



paguean a la luz del día y abren anchos surcos en aquel mar dorado y movedizo, cual raudas estelas de grandes buques que lo surcaran, invisibles. Un resuello jadeante, acorde, perennemente repetido, acompaña la faena angustiosa, y en la proximidad de la fatal comparsa, tuercen todas las espigas, menos la vana espiga huera, sus cabecitas pródigas, en desmayo de agonía, y los tallos reseco, aun antes de que los besen las voraces hoces, se quiebran como hebras de cristal en las manos recias de sus verdugos, mientras entre las púas enhiestas, cual de inmenso cepillo, del rastroj, pululan y se agitan azorados, deslumbrados por la viva luz del sol, los millares de insectos que hasta entonces moraban recatadamente entre las columnatas de jaspe y ónice de sus palacios de ensueño...

Capitaneando la hueste arrasadora, va Martín, el dueño del prado, blandiendo sin descanso su hoz, sumisa la cabeza, acurrucado y ensoñecido el pensamiento en los recovecos de la substancia gris, y atento sólo, como máquina bien dispuesta y engrasada, al mejor desempeño de su tarea.

Las anchas alas del sombrero de palma, deshilacha-

do y mohoso por su reclusión invernal en la húmeda bodega, a cada movimiento del cuerpo abanicánle imperceptiblemente el rostro arrebatado. Aquella leve caricia de frescura le sabe a goce exquisito.

Retoza en su corazón una alegría inconsciente, movida de reflexión, cual si le penetrara hasta las entrañas, iluminando su interior oscuro y silencioso de gruta submarina, un rayo potente de aquel sol que le achicharra, desplomándose, vertiéndose como un chorro de lava, desde el cuenco nacarado del firmamento, sobre su ancha espalda de atlante. Las espigas repletas de fragante candeal, significan la hartura para el invierno, la provisión de la alacena por la mujer limpia y hacendosa, el comienzo de la lucha que ha de librar al futuro soldado de las frialdades aborrecidas del cuartel... Con esto les basta a sus anhelos de campesino ávido, de esposo cariñoso, de padre previsor...

Martín tumba las mieses opulentas en mesurado y fúlgido zis-zás, y las mieses compactas y tendidas a lo largo del surco, yacen inermes, como ejércitos vencidos y humillados a los pies del triunfador.

De pronto, brotan a sus espaldas voces ásperas e

hírientes como haz de zarzas puntiagudas. Detiéndose y se vuelve con ímpetu. ¡Otra vez la historia! *Morroduro*, el beodo, arma camorra, saliéndose de la fila, amenazando fieramente con la hoz a sus compañeros, esparciendo escupitajos y haciendo sonar como crótalos sus dedos de caña.

Una ira violenta, que prende rápidamente, como llama en pajar, en todos los segadores, harto caldeados ya por el sol de justicia que les ilumina por fuera y las frecuentes libaciones que les acucian por dentro, amaga convertir en riña general y sobreaguda el incidente.

Sólo el deseo de aprovechar la bendición del día y concluir la siega velozmente, antes de que asome el terrible Norte que parece agazapado tras los picos de la sierra lejana, ha movido a Martín a incluir en la cuadrilla a aquel desdichado, hazme reír del lugar, pero esforzado trabajador aún, cuando no le enturbian el cerebro los vapores del alcohol. Mas, a poco de empezar el trabajo, ya ha podido darse cuenta de que no sacaría del hombre provecho alguno. En su degeneración de borracho habitual, sólo el aroma del vino le enajena, y una vez, ebrio, no sabe lo que se hace. Ya durante el almuerzo tiró una yesca encendida en el trigal retostado, y fué milagro de Dios que no estallara el incendio devorador; y una vez con la tripa lastrada, dióle por meterse en todas partes y embrollar el trabajo, por desafiar a sus compañeros con arrogancias de Cid Campeador, por escanciar a escondidas el vino de las botas y cuarterolas ajenas, por descabezar a cercén, alardeando de firme pulso, los tallos de sus espigas...

Contra su voluntad tuvo Martín que regañarle mil veces, y aunque, al contratarle, había pensado retenerle hasta el fin de la siega, se convenció de que no era posible. Le despediría al concluir la jornada... Pero la nueva pelea, más larga y enconada que las otras, haciéndole perder un tiempo precioso, acabó con su paciencia. Díjole que al punto se largara y fuese por la noche a saldar cuentas. Mas entonces el beodo, afrentado por el castigo y con hervores su quisquilloso amor propio, declaró y repitió, testarudo, que no se iría sin cumplir su compromiso, y harto apurados viéronse los demás para echarle de allí a sacudidas y empellones. Merced a uno más destemplado y violento, salvó la linde bruscamente y vino a caer, cuan largo era, en la mitad del camino. Mellóse la refulgente hoz con el porrazo y muy extensa desollada ensangrentó la rodilla del hombre.

Revolviéndose en tierra como un gusano, aullaba, echando espumarajos de rabia.

Le temblaban sus carnes bajo el sol, cual si tiritase de frío.

Reintegrados a su duro bregar, apenas los segadores oían las soeces palabrotas con que amenizaba sus tremebundas amenazas, y segaban de firme con acrecido ardimiento, azuzados y enardecidos aún por la resuelta porfía.

Levantóse finalmente del suelo *Morroduro* y flutuando de una orilla a otra del camino, con precipitados e inseguros pasos, se fué alejando, alejando... Del interminable carauz quedárale la boca enjuta y en

escarcha, que el infeliz mascaba sin cesar. Su camisa mal jamerada y llena de polvo adherido al sudor en los revolcones de la caída, hedía a jámila, y en el fondo de sus ojos torvos de becerro, estriados de sangre, un deseo confuso de venganza hacia bailotear sus escardillos.

La bota flácida, sin un sorbo de vino, acrecentaba su furor; cielo y tierra se tornaron eco de los horrores que vomitaba, con el fétido aliento, aquella boca miserable...

Derribado el sombrero hacia el cogote; mal remendado el viejo pantalón de pana; al aire la rodilla herida, y arrastrando una de las alpargatas, separada del pie, pero sujeta aún a la canilla por sus cintas azules, *Morroduro*, entre pintorescos tropiezos, zis-zás y contorsiones, logró llegar a la vera del pueblo. Pendiale sobre el pecho la bota vacía y relampagueaba aún en su nervuda mano la hoz mellada y sin punta.

Una de las primeras casas, asentada en plena vega, era la de Martín. Detrás de ella, en el cuidado huerto, cuya tapia baja lo separaba del camino vecinal, el parral lujurioso y el espejo bruñido de la alberca, daban una nota de frescura deliciosa en aquel mediodía canicular. Al tropezarlos con su mirada al sesgo, el beodo sintió que algo muy enmarañado se agitaba y rebullía dentro de su cráneo; era el parpadeo inconsciente de una idea... Afanosamente, arrastrando tras sí la vieja alpargata y arañando las piedras con la hoz, logró cabalgar en la tapia y luego trasponerla. Se adentró por el huerto, ávidamente, pisoteando los plantíos, desmochando los frutales, derribando el sombrero de los patos... La oculta cigarra del parral, sorprendida o asustada, enmudeció de golpe.

Queda, sigilosamente, cedió la entornada puerta, y el bruto deslizóse en el lagar... Penetró en la penumbra. Al parecer ante los ojos asombrados de la dueña, rodeno y descompuesto, mirando de través y armada aún la diestra con la escalotriante hoz, la pobre mujer quedóse más pálida que la cera.

Arreció en *Morroduro* el torbellino de ansias vengativas; regoldaron de nuevo sus labios mil atrocidades. Se acercó lentamente, posando en la cuna su mirada de húfalo... Despavorida la madre ante la inminencia del peligro, sintió brotar en sí fuerzas sobrehumanas, y abalanzándose a la fiera, trató de arrancarle de la diestra el terrible instrumento. Lucharon a brazo partido, con denuedo, con furia, loca de terror ella, inconsciente y maniático él... Cuando se sintió rendida e impotente para vencer y dominarle, corrió a la cuna y cubrióla heroicamente con su pecho.

Allí mismo la degolló el beodo. Su zarpa de gorila, habíala agarrado el pelo, desprendido en la lucha, tirando bárbaramente de la cabeza para atrás: la mellada curva de acero, pasó, resaltando como el filo de una sierra, por la garganta ebúrnea. Una cálida oleada de sangre inundó la cuna. El cuerpo de la mujer, medio arrodillado de una parte, quedó con la cabeza —casi separada del tronco— pendiente de la otra, y la lengua cabellera arrastrando por el suelo.

El nene siguió durmiendo, plácida, dulcemente, bajo el escudo del pecho maternal.

VÍCTOR CATALÁ



A decorative border with intricate floral and scrollwork patterns surrounds the text. The border is composed of repeating circular motifs containing flowers and leaves, connected by elegant, swirling lines.

EL PATRIOTA

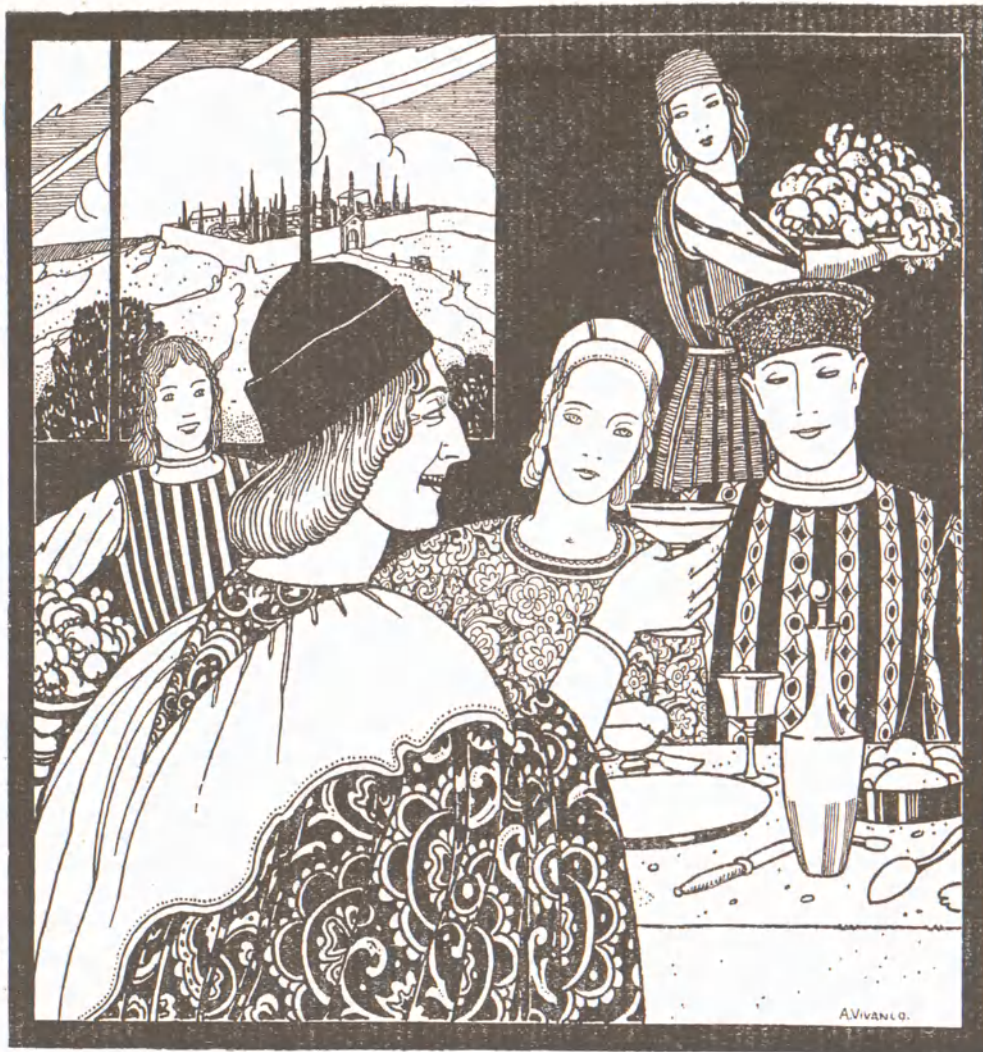
JOVELLANOS DIJO QUE EL ESPAÑOL ES CAPAZ ORIR POR SUS SENTIMIENTOS Y POR SUS IDEALES, PERO NO ES CAPAZ DE DEFENDER SUS INTERESES. VERDAD PROBADA EN LA HISTORIA Y REFRENDADA CADA DIA, HOY COMO AYER.

SINGULAR PSICOLOGIA... SUENA EL TAMBOR RECLAMANDO EL SACRIFICIO PARA CONSERVAR LA INTEGRIDAD NACIONAL, Y LA PLAZA DE LA ALDEA Y LA DE LA GRAN CIUDAD HIERVEN EN HOMBRES QUE ACUDEN, PONIENDO EN SU JURAMENTO LAS VIDAS. ACABÓ LA GUERRA... DE LOS HÉROES MUERTOS NO SE ACUERDA NADIE. DE LAS GLORIAS CONSEGUIDAS SÓLO FLOTA EN LOS AIRES UN OSCURO DESDÉN. NI LA VIUDA RECLAMA POR EL PREMIO DEBIDO AL ESPOSO SACRIFICADO: LÍMITASE A LLORARLE Y A REZAR POR ÉL.

Y CUANDO SE JUNTAN —SI SE JUNTAN— LOS ANCIANOS Y LOS DISCRETOS PARA PREPARAR LA RECLAMACION REPARADORA, TODO SON QUEJAS, ENOJOS, DISPARIDADES, CONTROVERSAS. EL ENEMIGO APROVECHA ESTA DISCORDIA Y ES SIEMPRE EL VENCEDOR.

¿COMO EXPLICAR ESE FENÓMENO DE NUESTRA RAZA?... ¿ES INDIFERENCIA AUGUSTA DE LOS BENEFICIOS?... ¿ES DESPRECIO DE LAS MATERIALES VENTAJAS?... LO QUE CIERTAMENTE ES, SE REDUCE A ESTA FÓRMULA NOBLEMENTE VANIDOSA: CUANDO QUERAMOS, SERÁ REPETIDO EL MILAGRO. Y NO VALE LA PENA DE ARGUMENTAR COMO RÁBULAS, SEGUN HACEN LOS OTROS, CUANDO EN EL TRANCE SE TORNARÁ A LA SUBLIME CONTIENDA.

SERÍA INUTIL PENSAR EN LA CORRECCION DE TALES DOGMAS ÉTNICOS. AL APARECER UN PROBLEMA ESPAÑOL, LA OPINION DUERME, EL CIUDADANO VAGA EN SUS ENSUEÑOS. PERO SERÁ FRÍVOLO OBSERVADOR EL QUE IMAGINE QUE BAJO LOS PLIEGUES RUDOS DE LA CAPA DE PAÑO PARDO ESTÁ ESCONDIDO UN CADAVER... NO. UN DIA SE REMOVERAN FIERAMENTE ESOS PLIEGUES, Y SURGIRÁ LA PODEROSA VOLUNTAD DE LA RAZA. ESPERÉMOSLO. Y LA CONFIANZA EN QUE ASÍ ACONTECERÁ ES UNO DE LOS RASGOS DE NUESTRO PROGRAMA... VOLUNTAD... LA MÁQUINA PRODIGIOSA NO ES UN JUGUETE DE FERIA... ES EL QUERER DISCOLO DE UN PUEBLO PERDURABLE.



CUENTOS SABIDOS, PUESTOS AHORA EN RIMA
Y SACADA LA MORALEJA

A MEJOR VIDA

*En la corte florentina
y en su edad de mayor gloria
(siglo quince, si la Historia
no miente ni desatina),*

*vivía cierto señor
con tan espléndido porte
que hubo de llenar la corte
la fama de su esplendor.*

*Era tanta su opulencia
que, rayando en osadía,
ni al gran Lorenzo quería
ceder en magnificencia.*

*Sus galas y sus caballos
eran, con justa razón,
envidia y admiración
de próceres y vasallos.*

*Y tanto solía el oro
en sus fiestas derrochar
que bastaran a agotar
el más repuesto tesoro.*

*Presidía el vicio en estas
escandalosas veladas
hasta poder ser llamadas
orgías mejor que fiestas.*

*Envileciendo su arte,
los más diestros tañedores,
los comediantes mejores,
tomaban en ellas parte.*

*Y entre patricios viciosos,
bufones asalariados,¹
poetas desvergonzados
y parásitos melosos,*

*acrecían la locura
de aquella dorada escoria
damas de equívoca historia
y procaz desenvoltura.*

*Así se dejaba ir
nuestro hombre tranquilamente
por lo que llama la gente
«la alegría del vivir».*

*Mas he aquí, lector amado,
que un día llegó a su umbral*

*un extraño comensal
que no estaba convidado.*

*Era el viajero el Dolor,
que, sordo a todo pretexto,
venía a cobrar su impuesto
a casa del gran señor.*

*Tomóle a éste una dolencia
contra cuyo avance insano
probó sus armas en vano
la más extremada ciencia,*

*Llegando a apretar de suerte
aquel mal desconocido
que puso al gran divertido
a las puertas de la muerte.*

*Un amigo —de los pocos
que le hubieron de quedar
cuando no dió de cenar
aquel anfitrión de locos*

*iba cotidianamente
a inquirir cómo seguía,
hasta que, llegando un día
al palacio del doliente,*

*salió un paje a responder,
el cual, con grande dolor,
hablóle así: —Mi señor
pasó a mejor vida ayer—.*

*Y el que la respuesta oía
(que era un tanto socarrón)
dijo con aire zumbón:
—Hombre ¿a mejor todavía?—*

*Bien se puede sospechar
que, aunque hay otra harto mejor,
lo que es aquel gran señor
no la ha debido catar.*

ENRIQUE MENENDEZ PELAYO



LA ETICA DE LA FALDA CORTA



ALGUNAS PERSONAS, EN SU irreparable cortedad de vista, siéntense impulsadas a suponer que un fenómeno como éste que nos preocupa, el de las faldas cortas, tiene la misma importancia que otros cotidianos caprichos de la modistería. Ni siquiera se nos puede consentir la licencia de llamar caprichos, en la acepción inconsciente de la palabra, a las órdenes autoritarias de la moda. Por nuestra parte, vamos a concederle a la moda, en este trabajo, todo el valor social y muy humano que de veras tiene.

En efecto, nuestra época, tan sagaz y tan fina en las persecuciones de la psicología, no debe continuar asignando a la moda un sentido despreciable, como de cosa marginal, sólo útil para llenar las vidas simples de las damas en constante ocio. Seremos prudentes si consideramos que nada se produce de la nada en sociedad, como en la propia naturaleza, y que todo acto ha nacido de causas poderosas, esencialmente transcendentales. Cuando los modistos *crean* una forma de adorno o de vestido, en realidad ellos no han creado nada; es el tono y el impulso colectivo, el aire del momento, lo que les induce a obrar. Lo mismo, al fin, que sucede al filósofo, al artista, al político.

Por tanto, la moda de las faldas hasta la rodilla y de los escotes hasta la cintura, son fenómenos tan considerables, tan fatales, tan característicos del temple moral de una época, como el bolchevismo ruso, el sindicalismo universal y la floración de los «nuevos ricos».

Todo es el resultado de esta contemporánea resquebrajadura de las viejas disciplinas. Roto el equilibrio social que aún se mantenía firme antes de la guerra, casi repentinamente hemos visto que a nuestro lado se levantaban y huían en vuelo libre las ideas y los sentimientos básicos. Antes que nada hemos visto alzar el vuelo a la idea de rebeldía. Desde el soldado hasta el albañil, desde el funcionario público hasta la cocinera, todos, sin olvidar a los propios ministros, han coincidido en la rebeldía. El mundo entero está hoy en una especie de actitud alzada o faciosa. El mundo, pues, necesitaba una moda que estuviera a tono con el aire del momento. Y estamos viendo, efectivamente, a la mujer rebelarse contra las disciplinas del pudor. Es como si la mujer hubiese soportado hasta ahora con secreto disgusto ciertas limitaciones sexuales; tan pronto como ha sonado la voz de rebeldía universal, he ahí que las faldas suben por las rodillas, se descubren los sobacos y salen a la luz los senos.

La palabra *presentismo*, que me he visto obligado a inventar, me gusta y cada vez la encuentro más necesaria para expresar el sentido psicológico de la hora. El culto del minuto que pasa, y el situar en el día que corre toda la capacidad de esfuerzo, de emoción y de placer, es algo que sin duda han conocido las otras épocas, pero que en la nuestra adquiere un carácter excepcional, casi monstruoso. La gente ha perdido el ritmo de la continuidad, y además, por la misma incertidumbre de los conflictos sociales, como todos temen una probable tiranía anti-capitalista, parece

que hubiera una general y tácita decisión de no fiar demasiado en el porvenir. Lo futuro es hoy más que nunca dudoso; el presente es lo único con lo que se puede contar. Esta máxima digna de un patricio de Síbaris, no la confiesan todos, pero está en la conciencia de todo el mundo.

Gozar hoy, ahora, en este momento que pasa: he ahí la moral del *presentismo*. Es claro que una moral así tenía forzosamente que producir una moda a su tamaño y ajustada a sus necesidades. La moda femenina se dirige, pues, a despertar pronto, violentamente, la voluntad voluptuosa del hombre.

La mujer se siente arrastrada, sin resistencia y como a pesar suyo, por la emulación exhibitiva. Lo que antes se reservaban las mujeres mundanas, hoy se adjudican las mujeres honestas. La honesta sabe ya, y ejercita ya, el arte de insinuación lujuriosa que parecía un privilegio de la mundana. Con el aire más natural, la mujer honesta, si es adolescente, provoca la lujuria senil de aquellos que buscan los albores; si es mayor, la mujer se lanza de lleno al desnudo. Y todo esto no podrá justificarse con una intención de eximia gracia y de alta estética, porque no hay otra cosa que una intención grosera y elemental, simple, franca, de irritar los bajos instintos del varón. Se trata de una moral de Síbaris, pero sin helenismo.

¿Qué hacer, entonces...? Frente a ciertas actitudes de la vida, el ánimo sólo consigue hallar soluciones que llamaríamos de «evasión». No queda más, en efecto, que apartarse, refugiándose en la teoría que dice que siempre hubo en la Humanidad un núcleo de escogidos para los cuales se reservaron las faenas aristocráticas del pudor, de la nobleza, de la altura moral y de la finura de las intenciones. A través de los cataclismos históricos, el tesoro de las ciencias y de la cultura ha ido transmitiéndose de unos hombres escogidos a otros; así también se han traspasado los principios éticos y las delicadezas morales.

Pido disculpa para referirme a mi último libro, *En la Vorágine*, de cuyas páginas dedicadas al Pudor reproduciré algunos conceptos, tal vez en este caso oportunos.

«Pues bien, el rigor ético y la disciplina y estrechura de los deberes son un derecho, un privilegio de los seres nobles y aristocráticos. Frente a la propaganda sensualista y halagadora que pide una mayor libertad para el goce y una creciente laxitud de los imperativos morales, el hombre de excepción debe exigir, al contrario, que las ligaduras de sus deberes estrechen todavía más, y exigirlo como un privilegio.»

«¿Quién puede prohibir nada? Todo es lícito ya, en tanto no perjudique al negocio burgués ni al interés del Estado. El divorcio, el adulterio, la mentira, el fraude; todo es posible. Si al Estado le conviniera, también sería legal la poligamia. En último caso, una ampliación del hospicianismo higiénico, metódico y científico, podrá hacer innecesaria la familia.»

«Pero cuando todas las ligaduras éticas se hubieran aflojado, el ser de excepción pediría entonces que se le reservase el privilegio de «no ser libre»; exigiría el derecho al pudor y al sacrificio de los instintos groseros; el derecho de remontarse al plano de los imperativos difíciles.»

JOSÉ MARÍA SALAVERRIA

